



Antología

Ato. Concurso de Cuentos

Radio Santa María

1996







CARLOS ALBERTO HERMANDEZ-ROCHA

CARLOS FERNANDEZ ROCHA

DANGLO DE LOS SANTOS (a DANICEL)

Impreso en Regiblica Dominicara por AMICO DEL MOCAR Santo Domingo, D.N. Primera Edición, 1997 Antología - 4to. Concurso de Cuentos 1996 Radio Santa María

Composición y diagramación CARLOS ALBERTO FERNANDEZ-ROCHA

Corrección y cuidado de edición CARLOS FERNANDEZ-ROCHA

llustraciones: DANILO DE LOS SANTOS (a. DANICEL)

Impreso en República Dominicana por AMIGO DEL HOGAR Santo Domingo, D.N.

Indice

Pá	ígina
Introducción:	
Palabras de Presentación	7
Cuentos Premiados:	
Astracanadas	11
Las Vastedades del Muro	
La Verdadera Historia de Crucita Yin	25
La Burla en el Espejo	39
La Plaga	
Menciones:	
Días Marcados	60
28 de Setiembre	
El Pueblo Abandonado	
Manólogo de Treinta Segundos	83
Viaje Hacia su Última Ficción	
Anexos:	
Acta Única	97
Palabras de Cierre	.100



Introducción

Palabras de Presentación

Desde su fundación, Radio Santa María siempre ha tenido como filosofía el abrir ventanas, abrir caminos, abrir muevos canales de expresión para la gente del campo, para la gente de nuestros barrios.

Estamos muy conscientes que la cultura de los pueblos corre peligro de expresarse, principalmente, a través de los altos niveles de nuestra sociedad. Todo ello es verdadero y legítimo, pero también es verdadero y legítimo que nuestra cultura se exprese y manifieste a través de nuuestros campesinos y campesinas, a través de nuestra gente de los barrios de nuestras ciudades.

Eso es lo que queremos hacer: que los profesionales de la literatura se expresen, se manifiesten; pero también queremos que se manifiesten los estudiantes, la gente sencilla, la gente de a pie...,nuestros campesinos y campesinas, la gente de nuestros barrios.

Buscamos que nuestra gente de arriba, de en medio y de abajo. . . se expresen. Manifiesten su creatividad, su imaginación, su corazón. . . abran esas historias escondidas que todos llevamos dentro, muy dentro del alma.

Ese es el orgullo de Radio Santa María. El orgullo de tanta gente buena que ha trabajado y trabaja con ilusión en todo el proceso de estos Concursos de Cuentos. Nuestro jurado, serio, entregado y trabajador... el equipo organizador y de seguimiento de Radio Santa María. . .

Todo este trabajo se hace más llevadero gracias al respaldo y patrocinio generoso y constante de E. León Jimenes.

A todos, nuestro sincero agradecimiento y cariño: al jurado, al equipo de Radio Santa María, a todos los hombres y mujeres que han participado con ilusión en este y en los otros concursos y en especial a los ganadores de este IV Concurso.

P. José Somoza Director Radio Santa M<u>a</u>ría

I.

Cuentos Premiados



Astracanadas

Seudónimo: Sísifo Autor: Julio Adames

Diez

pero diciéndole cosas feas muy feas a la mujer flaca flaquísima como un palo de escoba la mujer que se llama pompilia porque también tiene ella el cuerpo flecoso y los ojos llenos de vidrio de la rabia y está vestida con una blusa de seda abierta en los botones y está vociferando más alto que él para que la oiga todo el mundo cuando él la empuja por la tranquera y le dice que está cansado de tanta vaina y la hoja de la bisagra casi le rompe la cara a ella cuando sale volando y ella entonces deja de pedalear en la singer porque en eso ella estaba cosiendo un encargo en la máquina singer que le había regalado el presidente balaguer y entonces ella se puso de pie y era más flaca de lo que uno pensaba y se puso a llorar mientras su hijita la hijita de los dos la hijita de apenas año y medio también gritaba sobresaltada debajo de la banda de mosquitero remendada al escuchar el grito del papá dando un terrible puñetazo sobre la mesa de cuatro sillas y mantelito plástico y diciendo buen fleje si ya se te olvidó dónde fue que yo te recogí y ella contestando cansado tú cansado de qué vejiga de mierda vago del diantre si ya van pa' seis meses justo pa' seis meses que no da un solo golpe demasiado mucho he aguantado yo yo aquí fajada

como una burra y tú por ahí disipando qué bueno ¿eh? haciéndole creer a la gente ¿no? queriéndote tirar el peo más alto que el culo y eso último al papá de la pingolina no le gustó mucho y se le vino encima con el propósito de golpearla pero cuando vio la actitud de la mujer con el taco del zapato en la mano como que se ablandó y casi le suplica que te calles mujer de porra tú no oves que te calles que te van a oir los vecinos qué me importa a mí dice ella amagándole con el zapato que me oiga todo el que quiera que a mí nadie me da ná y entonces el hombre aprovechó el descuido y le dio esta pescozada a la mujer que por poco se lleva el florero con el culo pero fue peor porque de allá vino ella engreñada con la punta del taco en la dirección al rostro del-hombre y le amagó y al final se lo hundió clarito en el hombro y el hombre resollando por boca y nariz no sintió ni pío y a seguidas le quitó el zapato y le dio esa sacudida a la pobre mujer que por poco le saca el mondongo y eso hubiera hecho de no ser porque en ese preciso momento la pingolina se cayó de la cama y armó ese berrinche que hasta el papa en roma si hubiera estado atento lo escuchaba y ya estaba bueno dijo el papá de la pingolina pasándose la mano por la nuca sudada va está bueno coño y salió arrastrando los pies y dando este portazo que hasta el cinc de la casa se estremeció de tan fuerte que fue

Nueve

y eso que la mujer que se llamaba pompilia para colmo y desgracia se apretaba del pecho y a cada

rato tenía que beber de una pócima rarísima que le enviaba su mamá de manabao y que era aquello una mezcla de café amargo miao de burra melaza ajonjolí y penca de maguey de tal suerte que cuando la pobre mujer se tomaba aquel brebaje quedaba tan pero tan estropeada de la presión que era un puro susto en lo que se volvía y peor cuando empezaban los temblores y estos sudores tan fríos que entonces tenía que salir al patio más rápido que inmediatamente a coger una brisita un airecito de no vaya a ser cosa hasta que en eso se le pasaba el malestar de modo que cuando acabaron de pelear ella v su marido y él se fue y ella tuvo que fajarse a recoger los platos rotos ahí mismo le empezó la crisis y un silbido como de chicharra rompiéndole la caja del pecho al tiempo que ella permanecía gruñendo gimoteando y diciendo por lo bajo ese maldito ojalá se muera ese hijo de la gran puta como si vo fuera su hija buuu buuu una fajá trabajando y miren buuu eso sí coño eso sí que esta es la última vez que me pega decía sollozando con la cabeza gacha e inclinada hacia el costado izquierdo sin hacerle caso ningún caso al enjambre de moscas de muchísimas moscas que aterrizaba en el vaquecito rosado de la pingolina que en ese instante se mamamba los dedos v se comía el reguero de mocos...

Ocho

todavía allá afuera en la calle a ringolo le da este pique que por poco se muerde los cojones si los tuviera a mano porque ya estaba cansado jodido de tanto moquear con eso de los pleitos de su mujer y la mala racha de no encontrar trabajo y cómo va uno a encontrar trabajo se decía cómo le van a dar trabajo a un hombre que sale tan azarao de la casa a causa de una mujer como esta como pompilia que lo único que sabe es estar peleando todo el santo día cantaleteando como una gallareta haciéndolo sentir a uno un bueno para nada un blandengue cuando en el fondo esto no es así no lo es lo que pasa en que uno tiene un tiempo malo y eso la mujer debería entenderlo o ustedes creen que es fácil salir a la calle sin cinco cheles en los bolsillos y tener que aceptar la vergüenza de ir donde un amigo a que te preste algo de dinero y luego tener al amigo allí frente a uno titubeando como si no te conociera y encima de eso diciéndote que no que él no puede que la cosa anda mal que si hubiera venido cinco minutos antes que precisamente hace cinco minutos que acaba de invertir en un negocio etc etc y al final tener que salir uno con el moco pa' bajo eh eso es duro señores pero las mujeres qué van a saber nada de eso las mujeres si ellas lo único que saben es estrujarle los trapitos a uno en la cara sin ninguna razón porque si dijéramos que uno se porta mal que uno es un mal hombre pero no es así fíjense que yo no bebo yo no fumo yo no parrandeo entonces qué carajo es lo que esa mujer jode tanto...

Siete

y para colmo está este jodido bar a unos pocos metros de la casa escandalizando todo malogrando el ambiente que para eso no hay ley además quién se mete con eso y en la noche los llantos los insultos los

perfumes baratos de tanta sobadera que son esos los lujos que se dan los guardias los fines de semana los días veinticinco cada vez que cobran cada vez que el gobierno paga y cómo va a ser que se va a criar la pingolina en este ambiente en medio de este tigueraje en medio de esta putería si todos los días se arma un pleito y es un rebullicio que no hay quién aguante y en la noche es peor con los tiesos se las pasa uno desvelándose por los malditos tígueres y esas motos a todo lo que da y esos tígueres inyectándose mierda o si no ahí mismo en este bar oyendo bachata dale que dale hasta el amanecer y este reguero de putas haciéndole el juego metiéndose en la onda moviéndole el culito a la perdición desde que entran al vientre de las madres y las autoridades para qué te cuento sordo muda porque no le prestan atención a nada siempre metidas en sus curules indagando la forma de ampliar ventajas sobre la oposición por aquel relajito de que un grano no llena un granero pero avuda a su compañero y con todo y eso nada que el chupa cabras ya tiene asegurado el voto de la gran mayoría y el civismo y la decencia que se vayan los dos a la mierda porque este es un pueblo que ya a nadie le importa un carajo y al prójimo bueno que se lo lleve el diablo que se joda...

Seis

y este maldito panorama además de un estercolero un muladar de semovientes y de gentes mezquinas e hipócritas piensa pingolo pateando una lata de carnation vacía aquí las horas te asfixian te aplastan no acaban nunca cansado anda uno ya de tanta mojiganga y tanto regateo mucho hace uno con andar por la calle toparse con gente a las que uno ya conoce y no acuchillarlas indudablemente uno vive soportando por demasiado tiempo...

Cinco

qué calamidad qué asco por qué será que esos tipos de enfrente se creen tan graciosos tan espléndidos los pechuses esos del gimnasio de pedromaría abriendo la bocota sacando la lengua hasta el ombligo y vociándole a uno cada maldito mote estúpidos groseros como si ya no tuviera uno demasiado con lo de la pompilia y la cara de vaca desollada que pone y esos ojillos de serpiente adiestrada con que a veces me mira sobre todo en la noche cuando llego a la casa cansado decepcionado y sin aliento sin un solo chele en los bolsillos y empieza a carraspear a insinuar el vómito y la rabia y ya me veo yo caminando nuevamente a la calle pensando cualquier cosa mirando hacia la esquina debajo del farol a la muchacha que acaba de sentarse en la banqueta frentesito a mis ojos loca por ofertarse al primero que le ofrezca comida...

Cuatro

y más adelante en esa hoja empanelada hay un letrero que se come la mitad de la cancha de la escuela pública y ringolo que por poco resbala con una cáscara de guineo tirada en plena vía pública alza ahora el pie y lo lanza hacia adelante y al unísono se pega el grito que corre vertiginoso por la calle de que en el bar se están matando toño y rigo-

berto por la bizca mencía y patica pa' que te tengo la gente corriendo en una sola dirección apelotonado todo el mundo envolviéndose la gente es esa piel del instinto gregario y más abajo el bar el barsito el polvo las botellas de cerveza estrelladas contra el cemento opaco del piso destrozando la boca los dientes del tipo que se van a matar que llamen al alcalde y aquella calentura comiéndose las caras y en el piso hay uno tirado y un rumbón de vidrios y astillas de palo y toño sangrando por la boca encojonadísimo acaba de sacar un revolvón calibre universo de esos que se meten en un cubo de agua para quitarle el vaho a boca de la punta humeante...

Tres

...un revólver grandote como de este tamaño y ya toño lo divisa bien al otro por eso apuntó disparó cuatro veces y una de las balas por poco coge al otro que cayó de barriga sin toparle siquiera la bala que rompió una botella hizo...

Dos

pero ringolo no estaba para chismes ni bullanguerías por eso ni corrió ni fue a ver ni hizo nada a escasos minutos estaba de la oficina de su ex-jefe y él tenía que verlo a como diera lugar se olvidaría de una vez por todas de su orgullo le pediría un favor una nueva oportunidad se lo pediría de mil formas de rodillas si fuera necesario si no por él al menos que lo hiciera por su hijita por la pingolina que lo hiciera por ella...

Uno

y de repente pum el plomazo en la cabeza de ringolo los ojos dando vueltas el agujero negro que se le desborda en pequeños movimientos furtivos y el cuerpo brutalmente desprendido del tronco cayendo desgonzado en el contén con una mano salpicada por el agua podrida y la otra en la cara cerquita de los ojos de unos ojos feraces diminutos que se abren sin ver nada absolutamente nada de lo que pasa.

Cero



Las Vastedades del Muro

(Canción para mis tías/CD rom)

Seodónimo: Pin Flor Autor: Pastor de Moya

Portada del Sueño

Un toro enorme va creciendo en el fondo de este pozo. Lo veo en el espejo o en el río que es un sueño y me urge_traspasar-lo. A mi lado una mujer duerme. Creo sentir (y siento) que le acaricio el vientre, ese universo acuoso parecido tanto al mar. Hay algo en ella que quiere salir de sus entrañas porque escucho sus pezuñas en el tropel. Un solo cuerno ha de tener ese animal que le hace tan punzante la barriga.

- Por favor, deja que la música continúe...

La Realidad

Mis tías solían irse a la cama conmigo en el verano, en esos meses de vacaciones escolares. Eran tres (siempre un número bíblico) viejas jamonas que olían y sabían a esos embutidos rancios que se expenden en las vitrinas de las posadas. Se turnaban en las noches hasta el amanecer y ejercían una especia de cronometría atroz que me dejaba derrotado y seco para el amor.

Vivíamos en un viejo caserón de madera y techo de zinc, en las afueras de la ciudad, donde en los meses de lluvia el aire se impregnaba con el olor a trementina y a leche cortada. Afuera en el patio, un asno ciego y muy boludo deambulaba cabizbajo como quien va chocando con la luna o con la vida. Por las mañanas, la tía Adela, la mayor de todas, le daba de comer avena y cáscaras de plátanos, a la vez que le frotaba las dos bolas. Luego, mientras este comía, ella se sentaba largo rato a contemplarlo como quien evoca un recuerdo muy lejano. Dicha práctica se había convertido ya en un ritual para sus días.

- Déjalo, mi amor, que siga cantando de esa forma...

En el día todo era calma, absoluta y plena calma. Alina, la menor de las tres, (otra vez obsesión por ese número), siempre buscando mi compañía me ayudaba a limpiar las heces de los gatos que dormían dentro de la casa. Yo no me explico porqué a estas mujeres solo le gustaban los animales mamíferos. Son raras estas mujeres. Ni siquiera tienen un bullicioso periquito que dé saltos dentro de su jaula y lo despierte a uno con el alba. Solo prefieren chupadores de leche: de gatas, de perras... de gentes. Hasta en la foto de mi madre que está encima de la repisa hay a su lado un caballo. ¡Oh, cuánta presencia fálica! Ahora entiendo a la tía Adela porqué contempla tanto al burro.

- No bajes el volumen, te lo ruego...

Después de este día, caluroso y feliz, arribamos a la nocturna como quien espera beber de una fuente. Alina debe estar al subir a mi cuarto. La imagino con la bata de rosa transparente y sin pantis, la boca pintada de cundeamor y esos senos erectos que ansían mi lengua para vaginarla en mariposa suave. En una mano debe traer el libro de Kaayan para leerme aquellos versos persas que tanto me gustan, y en la otra, ron de caña que lo derramaré en el hueco de sus piernas.

Revés del Sueño

El piso está inundado de sangre. Se escuchan unos gritos o un mugir. Alina navega en una masa viscosa. Hay mucho calor. La fiebre la amorata. Expulsa una cosa amarilla parecida al virus que bebimos en el concierto de rock. Como un ángel se queda boca arriba soñando que tiene azufre entre los dientes.

- Súbelo un poco más...

Esta casa ya no es la misma. El asno ciego morirá. Mis tías serán pasas en conserva. Se pasan todo el tiempo mirando esa pared. Encerradas en el triste goce del incesto y el ulular de esta maldita canción. Y a mí que me saquen de este cepo y me encarcelen en el mundo del otro lado, donde la realidad es más vasta y más fascinante.



LaVerdadera Historia de Crucita Yin

Seudónimo: "La Mano Manca". Autor: Frank Martínez

Advertencia al Lector Desprevenido.

Desprevenido lector dos puntos como diría el merengue de Juan Luis Guerra coma el objetivo tácito del presente trabajo de investigación es recaudar el testimonio confiable y verídico de un sin número de personas que conocieron coma creyeron conocer coma o no conocieron jamás a la sin par coma legendaria y "sex simbol" Crucita Yin punto y seguido La cual obrará con tanta licencia en los territorios crepusculares de la Capital como que es considerada por algunos como heroína de las nocturnidades coma considerada por otros como una hoguera de seducción coma considerada por ciertos puritanos como una víctima del machismo telenovelesco y como por último coma considerada por un vecino que no quiso identificarse como una vulgar cuero de cortina punto y seguido Pero al final de este enjundioso trabajo de investigación extraído de la clase de sociología coma el lector estará en condiciones de juzgar por sí mismo qué clase de persona era la afamada Crucita Yin punto y coma o mejor dicho punto y aparte.

Catálogo de Graffittis Pintados por "El Chino":

"CRUCITA YIN, MALDITA, ME DEJASTE"

"CRUCITA, CUELO SUCIO, AVUSADOLA"

"BUELBE QUE TUS HIJO Y YO TE

ESPELAMOS"

"TE AMO, CRUCITA...RATLELA"

"SI NO BIENE EN 3 DÍA, BOI A MATALTE"

Testimonio de lo que dicen que dijo Alipio Córdova, Párroco.

Como usted sabrá, los hábitos clericales no le permiten basar su testimonio en las confesiones que cada martes a las seis en punto de la mañana le hacía la mal reputada Crucita. Mas puede basar su... aporte, si así gusta llamarle, en las acciones, palabras y malabares sospechosos que pudo presenciar en la mal reputada. Pues bien, una mañana, como a eso de las cinco, la vio salir de la Barra Marisol en compañía de Copelo, no el de la panadería, sino el que maneja la pala mecánica... "Bueno, el que la vio no fui vo propiamente, me dijo el padre, sino Alcibíades, mi antiguo monaguillo... y me easeguraba Alcibíades que Copelo detuvo la pala frente a la sacristía y que por el vidrio, aunque había poca luz por ser de tardecita, la vio a ella desnuda montar sobre el cuerpo rechoncho y peludo de aquel hombre"... ¡Frente a una sacristía!... desde entonces le prohibió regresar por su iglesia...Una cosa es ser oveja negra, pero otra cosa es ser la más negra de las oveias. Y la mal reputada Crucita era eso último

Declaración de Altagracia Cruz (Pupa), Prima de Crucita, Transcrita de una Cinta Magnetofónica.

"Después que ella duró como tres meses viviendo en la iglesia, un martes por la mañana...¿era martes por la mañana, Cun? ...un martes por la mañana yo estaba durmiendo y vienen a tumbarme la puerta... 'Pupa, Pupa' y yo despierto sobresaltada y pregunto '¿qué es?' y la comadre me dice 'levántese, que aquí están los cuatro muchachitos de Crucita' y yo salgo medio en cuero y le digo 'pero qué pasa', y la comadre me cuenta 'que Crucita se desgaritó anoche y no vuelve más'... '¿Y yo qué hago?', le dije azorada, y ella dijo 'bueno, tu eres la única familia que los pobrecitos tienen".

Declaración de Percio Lantigua, Alias Cun, marido de Pupa, Transcrita de una Cinta Magnetofónica.

"Figúrese usted, Pupa metió en la casa a los muchachitos de su prima y a mí me ha caído el gancho de mantener cuatro bocas más...No es que uno sea desconsiderado, Don, pero yo lo que hago es vender funditas de agua y apenas gano para mantenerla a ella y a los cinco hijos que me parió... y ahora cuatro bocas más, figúrese usted... No es que uno sea un perro, Don, pero la Biblia dice que el que pare su muchacho tiene que mantenerlo y esos cuatro no los mandé a parir yo...Claro, porque es muy cómodo: Crucita se puso de puta, tirando muchachos al mundo y los demás que se jodan manteniéndolos...¡Así los hiciera yo por docenas!...¿Que por qué no se los devuelvo? Y ¡quién sabe adónde fue a parar esa vagabunda!".

Contra-testimonio de Alcibíades, antiguo monaguillo, Ahora Evangélico.

Me alabo en el Señor, ¡cuánta mentira!, ¡cuánto pecar!... Sí, yo fui quien lo vio todo, como dice el padre Alipio, pero el asunto no fue tan así, sino al revés. Incluso, el presenciar aquella verdad fue lo que me quitó la venda de los ojos y me hizo convertirme al Evangelio verdadero, ¡Gloria a Dios!... Aquella madrugada yo venía de una procesión a la Virgen de la Altagracia...Dios, perdóname... y bajo la oscuridad borrosa vi a una sombra de mujer que entraba ondeando por la puerta de la sacristía... Yo me acerqué a la ventana para ver qué se movía con esa visita tan rara, tan de noche... El Padre Alipio v la mujer como que discutían algo, pero yo no pude escuchar bien, porque a esa hora pasaba el camión de la basura que siempre cruza a esa hora de la tarde...¡Perdónalo Señor! ... Después el Padre Alipio comenzó a calmarla, mesándole suavemente los cabellos y susurrándole mi cucurruchita, mi cucurruchita...Ella me daba de espalda, por lo que no pude ver bien lo que él hacía desabotonándole la blusa: pero sí vi clarito cuando el vestido de ella se deslizó despacio, despacito, ¿no?... Bien, as í era, entonces él alargó la mano hasta l;a pared, empujando despacio a la mujer y desenroscó el bombillo de la sacristía. Yo no pude ver nada más, porque se apagó... Dale el perdón, ¡Dios mío!... Pero yo me quedé escondido. A lo último pude ver cuando la puerta se abrió y la mujer salió rápidamente y con sigilo. Yo la vi con estos ojos que un día verán la Luz del Paraíso. ¡Gloria a Dios!... Era Crucita.

Defensa de Bernalda Toribio, Cursillista de Cristiandad.

No le ponga usted mucho caso a lo que anda diciendo Alcibíades...Usted sabe, él se ha metido últimamente a evangélico y le gusta inventarse cosas para desacreditar al pobre Padre Alipio, que es un santo varón... Es verdad que siempre han dicho que Crucita, que el Padre Alipio... pero esos son cuentos de camino, usted sabe, nadie da una prueba... a esa gente un día se le va a salir la lengua... Yo recuerdo que los chismes comenzaron aquella vez que el río se llevó la casa de Crucita y la pobre fue a refugiarse con todo y sus muchachos a la iglesia, donde duró dos meses protegida por el Padre Alipio, que es un santo en la tierra. Pero yo meto la mano en candela por el padre: él nunca hizo nada con ella, aunque le tenía mucho cariño v la trataba como a una esposa, sin malicia claro está. Pero los malos pasos de Crucita hay que buscarlos en otra parte.

Informe de Copelo, el que maneja la pala mecánica.

Yo divisé a Crucita por última vez en la Marisol, no me acerqué a saludarla porque estaba sentada con un chino. Pero en días pasados me dijeron que la vieron trabajando por Borojol, en una barra que le dicen "La Barra donde Bebe el Diablo".

Informe de Malala, de las que sirven en "La barra donde Bebe El Diablo".

No, ella ya no trabaja aquí... Esa mujer era muy enredada: tenía días en que se la pasaba llorando por sus cuatro hijos, como La Llorona, porque diz que tenía cuatro muchachitos que se les ahogaron en el río. Otros días venía con un ánimo acelerado y se acostaba hasta con cinco al mismo tiempo... Aquí siempre venía un chino que daba la vida por ella. Los hombres la buscaban mucho, pero no porque fuera mejor que nosotras, sino porque a veces ni les cobraba, como si esta barra fuera un sitio de caridad. Nosotras le peleábamos, ya que nos estaba dañando el negocio, pero luego terminábamos cogiéndole lástima porque la pobre mujer era un alma en pena.

Advertencia de la China, otra de las que sirven en "La barra donde Bebe El Diablo".

A mí me caía como una piedra la descoloría esa. Y si hubiera durado una semana más trabajando aquí, la hubiera navajeado... Se me salvó por un pelo, la desgraciada.

Confidencia de Virtudes, la tuerta que sirve en la dicha barra.

Crucita dejó de trabajar aquí, porque una noche la China por poco la degüella con una sevillana... Sucedió que la China estaba enamorada de un italiano que venía siempre por la barra, pero el italiano (aquí entre nosotros) de quien estaba enamorado era de Crucita. Bueno, el asunto es que desde la noche del pleito ella no volvió más. Yo supe, porque yo siempre sé lo que se mueve, que se mudó con un chino que tiene un restaurante en la Barahona.

Página en blanco para el chino del Restaurante de la Barahona.

Versión de Cuca, la que cocina en el Restaurante de la Barahona.

Haría usted bien no afanando más con eso de hablar con Chang. Número uno, él no habla español como quien dice; número dos, él anda perdido como un alma en pena pintando letreros por toda la ciudad. Vea que hasta dura semanas sin venir por el negocio. Tiene suerte de que yo sea una mujer seria y le haya estado administrando lo suyo, porque en estos días no aparecemos gente seria... El fracaso de Chang Yin (porque la gente no sabe que él se llama así y le dice "El Chino", pero yo le llamo Chang)el fracaso de Chang fue conocer a esa tal Crucita. El la vio un día cuando fue a vender carne sazonada a la Marisol y desde ese momento esa vagabunda comenzó a metérsele por los ojos. Un hombre tan trabajador, usted. Para mi que ella fue a un altar y le hizo brujería, porque habiendo en este mundo tantas mujeres serias y él veniirse a fijar en un cuero de cortina, perdonando la palabra. El la mudó en la pieza que está allá arriba, que no es muy cómoda que digamos, pero que es un palacio en comparación con el rincón de la iglesia en que ella vivió arrimada. La honró, la hizo gente, inclusive le dio un apellido, porque antes ella se llamaba Crucita, Crucita pelado; después comenzó a llamarse Crucita Yin. Pero a mi esa muier nunca me gustó, porque vo soy una gente seria, vea usted... Para no alargarle el cuento, ella comenzó a pegarle ecuernos al otro día de mudarla... Usted no me va a creer, Don, pero ella se llegó a acostar con hombres hasta en la misma cama de él. ¿Verdad que Dios no perdona eso? Al principio yo no le quería decir nada, pero después recordé que por la verdad murió Cristo y se lo conté todo. El se quedó como si nada. Pero una mañana en que ella vino -porque ella siempore se iba de fin de semana con los hombres- Chang se puso los pantalones y le levantó la mano... Yo no me metí, porque ese pleito no era conmigo... Después, en un descuido de él, la tal Crucita bajó con un bulto, cogió el dinero que había en la caja y se fue por esa puerta. Y esta es la fecha en que no se le ha vuelto a ver ni la placa.

Confidencia de Pululo, el mesero del restaurante del Chino.

Lo que pasa es que yo no soy pendejo. Crucita se acostaba con todo el mundo. Un día se antojó de acostarse conmigo y, bueno, ested sabe que el hombre es hombre. Usted mismo, que se ve que es un hombre estudiado, hubiera hecho lo mismo. Yo lo que hice fue cumplir... Con todo y eso, yo lamento que el Chino haya cogido tan a pecho eso de que la mujer se le haya ido. Lo que más hay es mujeres en el mundo, pero hay hombres como que no saben contar. Ya usted seguro vio los letreros que el Chino ha pintado por las paredes de la capital. Se pasa todo

el tiempo llamando a Crucita con letreros, una mujer que seguro no sabe ni leer. Ya ni trabaja. A veces viene por aquí solo para que Cuca la cocinera le dé dinero para comprar pintura y seguir pintando letreros. Tan poco hombre, llorando por una mujer. Da asco... Yo creo que se puso loco por los cuernos.

Informe secreto del Sargento Pérez Encarnación,

pensionado.

Bueno, todavía no me ha llegado el cheque de la pensión, así que puede decirme sargento... Sí, la navidad pasada el Coronel me llamó de urgencia y me dijo: "Sargento, el Presidente va a repartir funditas de comida en la Máximo Gómez; va a venir mucha gente de la prensa y es bueno que toda la avenida este llena de afiches del Presidente. Así que le encomiendo a usted personalmente organizar un pelotón para que pinten de blanco todas las paredes de la avenida". Y yo, hombre de confianza del Coronel, dejé la Máximo Gómez como un papel. Pero al otro día, tem, prano en la mañana, el Coronel me llamó más molesto que el diablo y me preguntó por qué no había cumplido la orden. Cuando yo me di una vuelta por la avenida, descubrí que todas las paredes que yo había mandado a pintar estaban embarradas por letreros que decían: "CRUCITA YIN, TE AMO CUERO SUCIO".

Composición escolar sobre la familia de Bumba, hija de Crucita Yin..

mi familia es grande, vibimos en una casa chiquita. Los que biben ayá son tía Pupa tío cun mis cinco primitos yo y mis tres hermanitos, mis primitos dicen que nos otro somos pegaos de la familia, y yo me pongo a yorar mucho, tío cun e vueno, cuando tía pupa duerme atendiendo a su mamá mui enfelma tío cun me da caramelo i me yeba a dolmir en su cama, mi mamá se yama crucita, ella no bibe con nosotros.

Reporte de Digna Rosario, maestra de primero de primaria.

Primero renuncio de la escuela antes que recibir de nuevo en el aula a esa niña malcriada, con tan malas constumbres. Ayer la envié al pizarrón, para ver si sabía escribir : "mi mamá me ama", pero ella no quiso. La tuve que obligar a que se parara frente a la pizarra y aun con la tiza en la mano, se negó a hacer lo que le ordené. Cuando quise obligarla con cariño, se puso pálida y temblorosa. De pronto me miró con los ojos rabiosos y me dijo literalmente: "No, mi mamá no me ama", y abandonó corriendo el aula.

Informe de la Lic. Magalis de Frías, Visitadora Social.

El caso de Crucita es bastante penoso. Creo que por ahí anda todavía el folder. Yo la traté dos veces: la primera, cuando estaba alojada en la Parroquia María Auxiliadora en compañía de sus cuatro hijos (dos hembras y dos varones); la segunda cuando trabajaba en un cabaret de Borojol. Ella nació en la miseria y, para complicarse más, quedó huérfana de madre a los cinco (5) años. Su padre era alcohólico y en numerosas ocasiones, cuando llegaba borracho,

abusaba de ella. La desafortunada pasó por un trance doloroso a los trece (13) años: su padre murió de un paro cardíaco mientras la poseía sexualmente. Este trauma la marcó para toda la vida.

Opinión del Doctor Horacio Rojas, Ginecólogo-Obstetra...

Sí, ellas venían los martes a chequearse al hospital. A veces tanía que conversar con la llamada "Crucita", una paciente verdaderamente enferma. Su conducta sexual era una respuesta condicionada. Me explico: su caso era de origen síquico. Su impulso de libido está regulado por reacciones nerviosas. Para decirlo de manera llana, ella padecía del Mal de Mesalina. . . Respondiendo a su curiosa pregunta sobre. . . como. . . la constitución de su . . . salud ... puedo decirle, a discresión, que pocas veces he visto a una paciente tan bien constituida. . . aunque yo nunca me acosté con ella. . . podría jurarlo.

Respuesta promedio de las personas cuestionadas sobre el paradero de Cricita Yin.

Nadie sabe donde está Crucita Yin.

Ultimo Graffitti, o mejor dicho, el más reciente, pintado por El Chino en el muro de la vergúenza.

"CRUCITA YIN, SI NO BUELBE ME VOY A MATAL".

Ultimatum de Cuca, la que cocina en el restaurante de la Barahona.

Todavía sigue preguntando por Chang y la

vagabunda de Crucita... ¿Es que usted no tiene oficio? . . . Ya Pululo, el mesero, se largó de aquí. Yo arreglé mi bulto y me voy mañana. Ya me cansé de esperar a que Chang se fije en una mujer seria. No me pregunte más por él. Imagínese que el Chino se esfumó en el humo de los automóviles. Ni crea que va a encontrar a la tal Crucita. que cuando un cuero se larga no aparece ni en los caminos del agua. Tampoco intente hallar a Crucita en la lápida de algún cementerio, porque esa alimaña no se dejaría sorprender por la muerte y los cueros no se suicidan nunca.





Una Burla en el Espejo

Seudónimo: Dédalus Venuncio Autor: José Martín Paulino

> Nos acecha el cristal. Si entre las cuatro paredes de la alcoba bay un espejo. Ya no estoy solo. Hay otro. Hay el reflejo que arma en el alba un sigiloso teatro.

> > Jorge Luis Borges

No tiene importancia que me detenga en inútiles pensamientos ahora que voy a morir, ahora que esta cimitarra luminosa y acerada apunta hacia mi corazón, hacia este débil corazón. Hace algunas horas que acabo de darle muerte, con esta espada que empuño con firmeza, frente al espejo que me devuelve mi rostro, este rostro deplorable que no suscitó ningún agrado en ella. En pocos segundos la punta del arma entrará en mi carne. Sé que la punta de la espada irá directamente a mi corazón y cesarán sus estertores, sus necios latidos cuya única razón de ser era ella.

Soy tan profundamente desgraciado que no

tengo siquiera el consuelo de haberle dado muerte de la forma en que lo concebí. Sí, la maté, pero no era esta la forma como yo quería vengarme de su vileza, de la tiranía de sus carnes, del tono dulce y lisonjero de su voz. Pero ya está hecho. Ahora ella es un lamparón carmesí adherido a un fragmento del piso de una de las habitaciones de mi casa. De esta casa que por todas partes chorrea su presencia. ¡Oh Fedora!, ¿por qué tuvo que suceder?

Antes de conocerla solo vivía para la música. Mi violín era la razón fundamental de mi vida. Pero un día todo cambió. El día en que ella llegó a la escuela de música donde yo impartía clases.

Nunca supe qué la motivó a entrar allí, porque la música no era su pasión. Tal vez lo hizo con la intención de exhibir sus gráciles y juveniles formas. Pero qué importan los motivos. Solo sé que desde el primer día que la vi fui otro hombre. El amor que sentía por el violín se convirtió en una mórbida pasión hacia aquella joven mujer de apenas veinticinco años. Enseguida comencé a cortejarla y en varios meses de tormentosos asedios de mi parte y de crueles desplantes de la suya, logré ganarme su amistad. Pensé que en poco tiempo lograría inclinar sus sentimientos en el sentido que yo guería. Pero ella quería a otro y yo me convertí en el miserable correveidile de sus amoríos. Cuánto sufría y cuánto sufro ahora, ahora que ella solo es una cosa sanguinolenta vertida sobre el piso. No siento miedo ni remordimientos. Estoy decidido a morir. Entonces, ¿por qué no interrumpir el río de mis pensamientos y hacer que la espada me suspenda y borre con este acto valiente y correcto toda huella del recuerdo de sus traiciones y desamor?

Me convertí en el confidente de ellos. Tenía que soportar que sus labios me dijeran que él era lo más importante de su vida, tal vez su única razón para vivir; mientras que yo no tenía otra razón que ella, la que me embarcó en quel ejercicio de odioso y degradante celestinaje. Sin embargo, el bagaje adquirido en mi oficio, me enseñó útiles habilidades para maniobrar a mi favor. En algunos meses logré separarlos y Vinicio, tras comprender que yo había sido el artífice de la ruptura, juró no descansar hasta darme muerte. Pobre Vinicio. Si supiera en lo que se ha convertido su pobre Fedora... Sí, porque solo era tuya, porque nunca fue mía. ¡Nunca! Durante muchos meses mendigué desesperadamente su cariño, pero ella no dejaba de pensar en Vinicio y en la forma de recuperarlo. Yo lo impedí por ese tiempo y perfeccioné mis armas de ataque en aras de conseguir que ella me quisiera.

En esa tarea de inconfiable abyección perdí para siempre mi dignidad. Abandoné las clases de música y me di a la tarea de vigilar sus pasos, temeroso de que volviera a encontrarse con el otro. Remedé de Vinicio lo que creía que podía favorecerme más. Por eso traté de complacer todos sus caprichos de helados, vestidos, pizzas y muchas de esas cursilerías a las que son aficionadas todas las mujeres. A pesar de todo mis desprendimientos y humillaciones, no había en ella un solo gesto, un solo signo de amor hacia mí. Una sola mirada que insinuara la proximidad de un beso o de una caricia suya. ¡Nada!

¡Nada! Mi rostro desagradaba y cómo no ahora veo con frío advertimiento los rasgos mezquinos de mi cara, creo que me parezco a Quasimodo, ese monstruo sentimental de Víctor Hugo a quien tanto odié como a todos los románticos.. Sin embargo, yo, que me creía el más antiromántico de los hombres me convertí en un sentimental. Exalté el amor hasta el nivel más alto de lo cursi. Le cantaba y le componía canciones románticas y le tocaba nocturnos de Chopin.

Sabiendo vo que ella no sentía más que repugnancia por mí, le planteaba la idea de que huyéramos hacia algún lado donde ella pudiera olvidar a Vinicio: pero todo era inútil. Cada día ella parecía más aferrada a su cariño. Mi desesperación creció cuando noté que estaba dispuesta a hacer todo lo posible por volver con el otro. Entonces incrementé mis niveles de humillación: comencé a rezar como el más ignorante de los beatos. Todos los días pasaba horas y horas de rodillas pidiéndole a Dios que conmoviera su corazón, que la hiciera quererme y que Vinicio muriera o se borrara de sus pensamientos. Pero nada lograba. Su amor hacia el otro y el mío hacia ella crecían de manera patológica. Ella parecía no sentir ninguna pena por mí, en cambio yo sufría por su desamor v sufría porque ella sufría por el otro.

Un día dejó de buscarme. Pensé que mi fin se aproximaba. La busqué por todo el pueblo y no la encontré. Tampoco tuve noticias de él. Luego supe que se habían marchado juntos a un pueblo lejano donde mi desagradable presencia no los importu-

nara. Ellos estaban juntos, amándose con libertad y desenfreno, mientras yo permanecía aquí, consumido en la fiebre del deseo. Incrementé mis oraciones para que ella volviera: deseaba verla, aunque no me quisiera, aunque solo fuera para que me hablara del otro. Pasaban los meses y no tenía noticias de ella. De nuevo empecé a reunirme con mis amigos, no porque los quisiera, sino porque deseaba hablarles de ella. Me emborrachaba casi todos los días y ofendía a mis amigos o, más bien, a mis compañeros de tragos.

Un día Fedora regresó. Mejor que no hubiera vuelto. Ahora no estaría convertida en ese amasijo de carne tamizada por esta espada homicida. Su sangre debe estar tornándose más parda y despide un fuerte vaho que llega hasta aquí donde estoy ahora parado frente a este espejo, con esta espada que pronto se encargará de que este mal olor desaparezca; este olor que ahora me produce náuseas como la sentiste tú, Fedora, cuando regresaste de tu viaje con el otro y me lo negaste y aseaste mi cuerpo que había renunciado a los efectos distensionantes del agua. También limpiaste y ordenaste mi casa e hiciste que los amigos a los que había abandonado volvieran a visitarme y fingiste que me querías y yo amaba ese fingimiento y volví a dar clases y a satisfacer tus caprichos de hembra vanidosa y a elogiar las curvas anchas de tus caderas, tu estrecha cintura v todo tu mortificante entorno,

Mis anquilosadas facultades interpretativas volvieron a funcionar a las mil maravillas. Volví a componerte a tocarte canciones románticas, yo, el

más anti-romántico de los hombres, y en todos los rincones de la casa escribía tu dulce nombre: vo. el más anti-romántico de los hombres, escribía tu nombre hasta en el estuche aterciopelado del violín, vo. el más anti-romántico de los hombres... Durante mucho tiempo abrevé en la fuente abundante de tu cuerpo; pero yo no era feliz. Sabía que ella seguía queriendo a Vinicio. Y así era. Lo descubrí todo. Ella repartía su amor entre los dos. ¿Oujén podrá sondear las perversidades de las mujeres, de esas maravillas de carnes suaves y redondas, como dijo el poeta? Y por qué no decirlo, como lo decía Vinicio, su amante, poeta de ciertos méritos a quien no solo yo odiaba porque gozaba del amor de Fedora, sino también porque era un poeta romántico y yo odiaba el romanticismo, yo, el más anti-romántico de los hombres. Sin embargo, por complacerla, también me rebajé a esos anacrónicos sentimentalismos.

Cuando descubrí sus infidelidades, no me atreví a hacérselo saber. Pensé que podía perderla si lo hacía. Así que lo dejé todo como estaba, aunque consumido en la desesperación de los celos.

Poco a poco fui adaptándome. Eran preferibles esas migajas de amor a perderla del todo. Entre los tres se concertó un pacto no escrito ni hablado, pero que los tres sabíamos que una violación por cualquiera de las partes tendría fatales consecuencias. El pacto consistía en que ella pasaba las noches con Vinicio y los días conmigo. Durante varios meses ni Vinicio ni yo tratamos de violar nuestras respectivas jurisdicciones. Los dos sabíamos que el día en que ella pasara una noche conmigo, yo debía

prepararme para esperar que él viniera a cobrármelas, talvez de manera sangrienta; y si ella pasaba un día sin mí, a él podía sucederle igual.

Creo que ni el más sabio de los hombres podrá explicar cómo los tres nos habíamos puesto de acuerdo para vivir aquella relación que todo el que la conoció la tildó de indecencia rayana en la aberración, sin que además ninguna de las partes intentara violar los derechos de la otra. Pero un día ellos violaron el pacto...

Ella pasó una noche y un día con Vinicio. Por eso decidí matarlos no con esta espada, sino con un revólver que me procuraría de manera clandestina. Inquirí de ella una explicación y de sus labios espurios solo llovieron invectivas e improperios que le dieron más fuerza a mi resolución homicida.

Me dijo que estaba cansada de Vinicio y de mí, que estaba cansada de entregarse a dos hombres que ya no satisfacían su insaciable voracidad de amor; que muy pronto nos abandonaría. Pero después escuché de sus propios labios que solo a mí me dejaría, ya que por mí solo había sentido repugnancia aunque siempre ignoré qué perversa curiosidad la había hecho entregarse a mí.

Pasaron varios días después de esa fatal confesión que me llevó a apresurar los detalles de la ejecución y hoy la maté. Desgraciadamente, no pude hacerlo como tenía planificado. Mi idea consistía en atarla, golpearla y propinarle leves heridas en todo su cuerpo y después, tras varias horas de sádicas mortificaciones, deispararle varias veces. Pero esta hermosa cimitarra se encargó de simplificar el asun-

to. También a mí me dejará en pocos segundos como está ella.

Hoy, cuando llegó de la casa del otro, se acostó en nuestra cama. Se desnudó y estiró su esbelto y alabastrado cuerpo; soltó su negra y sedosa cabellera sobre la almohada y aquella tan elocuente posición estuvo a punto de desbaratar todos mis planes. Pero me sustraje de aquellas deliciosas sugerencias y me preparé para actuar. Mientras ella dormía, me dispuse a salir en busca del revólver para, una vez con el arma en mis manos, matarlo primero a él y luego regresar para acabar con la existenmeia de Fedora.

Muchos pensarán que estoy loco y con más razón lo pensarán si pudieran presenciar completamente todo el hecho, porque sé que esto que está sucediendo podría parecer inverosímil.

Antes de ir en busca del arma, busqué mi violín, mi precioso instrumento que nunca debí sustituir por las lúbricas emanaciones de ella, me encerré en la habitacón donde Fedora duerme el sueño de la muerte. No quería turbar su sueño culpable. Saqué mi instrumento de su estuche y antes de comenzar a tocar el Nocturno de Chopin que tanto le gustaba, desprendí del estuche aterciopelado su nombre, letra por letra, en una lenta y dolorosísima operación.

Luego tomé el arco y el violín y empecé a tocar. Creo que nunca había tocado con tanta desenvoltura. La música se esparcía melancólica por la estancia y yo estaba en un estado de inefable euforia, como en los momentos de nuestro ayuntamiento, como cuando yo libaba mi vino en su sagrado templo de Venus. No solo sentía deseos de fundirme

en su cuerpo, sino también de perdonarla, de no ir a buscar el arma y amarla, porque por ella, solo por ella, yo era en ese instante el músico que nunca había sido. Pensé que estaba transportado a un desconocido estado de realidad. Seguía tocando el nocturno hasta que una gran humedad invadió toda mi cabeza, como si una insospechada llovizna, brotada no sé de dónde, hubiera venido a poner fin a mi música. Una gota de líquido rodó hasta mi boca y sentí un sabor agrisalado. Entonces tuve miedo. Me puse frenético cuando vi tanta sangre bajando por mi pecho: es ese momento descubrí que el arco de mi violín se había convertido en esta cimitarra que ya va a penetrar en mi carne. Mi violín se había convertido en una mujer, en Fedora, a quien no le cabía una estocada más. Aterrorizado, dejé caer el cadáver en el piso (el cadáver tan liviano) y la espada que había hecho aquella operación en contra de mi voluntad. Todavía negándome a darle crédito a lo que creía un delirio de mi mente, corrí hasta la cama donde debía estar Fedora, pero la cama estaba vacía, desarreglada y tibia aún. No hubo motivo para dudar del hecho

Desesperado recorrí durante el resto del día y parte de la noche todos los lugares de la casa, todos los rincones. Me cambié la ropa ensangrentada. Hace algunos minutos que me dirigí a la habitación donde reposa el cadáver. La espada estaba a su lado. La tomé, me dirigí a esta habitación y me paré frente a este espejo. Consulto mi reloj, solo ha transcurrido un minuto desde que estoy aquí. Iba a empujar con firmeza la espada, cuando un ligero toque en la puer-

ta principal me interrumpió. Fui a la puerta y al abrir uno de los postigos vi a Vinicio quien no traía aspecto de pendencia. Pero quién sabe si traía un arma en su cintura o en uno de sus bolsillos, por eso regresé con sigilo a recoger la espada. Volví a la puerta principal y la abrí con la mano derecha mientras escondía la espada con la izquierda. Un gesto de Vinicio me resultó sospechoso, por eso me llevé el arma a la mano derecha y ella buscó con avidez la carne... Varias veces la entré en su cuerpo. Vinicio se volvió un ovillo ensangrentado y triste mientras hacía la mueca de la muerte. Entonces descubrí que él no traía arma. No lamenté el hecho y arrastré el cadáver hasta el cuarto donde estaba Fedora.

Juntó los dos cuerpos, los observó por algunos segundos y rio histéricamente. Luego se dirigió al espejo y con firmeza se clavó la espada. La sangre brota, espesa y abundante y todo se vuelve brumoso para el hombre, excepto el agua sólida del espejo, donde se reflejan los rostros sonrientes de Fedora y Vinicio quienes se besan y se burlan de él. Intentó agredirlos, pero no pudo y cayó en el piso ensangrentado...



La Plaga

Seudónimo: Servio Roca Autor: Ricardo de la Cruz Nieves

¿Quién iba a decir esto de Sonia Trejo? ¿Quién pudo pensar que estaría así? Tirada, pegada a estos trapos manchados que cubrían su pésima osamenta. Metida en ese amasijo húmedo y pustuloso... en un viejo camastro de la habitación postrera de su casa materna.... ¿Quién pudo creerlo? Si ella despuntó de la inocencia como salida de una tórrida selva misteriosa, echando sus raíces de la más enigmática gracia seductora. Porque en Sonia todo era penetrante, vertiginoso. ¡Nada como aquella obstinada rigidez de sus pechos! Aquellos senos... dos índices serenos en perfecta ecuación erótica... Y después, verla así, irremediablemente seca, bocarriba, como tragada en un montón de pellejos veteados de llagas dolorosas e insultantes. ¡No! Un tétrico escalofrío, una parrilla latente de huesos supurosos. ¿Quién iba a creer esto de Sonia? Con razón Abel Caimares sufrió amargamente al verla tendida hacia la muerte...

Sonia llegó a la ciudad procedente de un poblado lejano de la Cordillera Central. Apenas tenía ocho años. Su madre, Andrea la viuda; la tía Laura y Charito, conformaban una pequeña familia, que habían llegado atenaceados por las entrecheces que empujan a la migración. Una familia común, regida por la cotidiana sobrevivencia criolla. La viuda era de raigambre eclesial, devota. Charito, la menor, vivió oculta en el destierro de su cruel incapacidad física, posternada en el centro de las dos huellas circulares de una silla eterna. Fue la tía Laura quien pronto se dio a conocer en el pueblo tanto por sus acrobacias medicinales y curativas, así como por las lucubraciones desquiciadas de su juicio desvaído.

La familia Trejo había llegado en un verano, cuando Sonia era una señal oculta en las nieblas de la inocencia: un terreno oscuro como las raíces futuras de una increíble desgracia...

Sonia empezó a crecer. Empujada sabe Dios por qué fuerza voluptuosa. En una mezcla rabiosa y callada de estrepitosa gracia estética. Tejiendo los dones ocultos que solo arrebata una sílfides caribeña, arremolinaba sus prendas con inefable justicia y encanto. Crecía atada por una soberbia persecusión de mixtura lujuriosa. Recogía en su esponjosa seda virginal una avasallante humanidad perfecta... las líneas inominadas de una piel azucarada ¡Una fécula rociada con la miel exacta! No hubo quien no dijera (pupilas vidriosas) sobre la dulzura de su ser creciente. Todo varón disparaba sus pupilares saetas algodonadas sobre la imponente anatomía de Sonia. Era, con toda franqueza, irresistible a la más hermética de las miradas.

Cuando cumplió los catorce años parecía ya rebosarse; inundarse de lúbricas expectativas. Y desveló una colectiva ansiedad de bárbara sed acumulada. Fue cuando enmpezaron a acribillarla con ganas. Y era perseguida de cabeza a pies, en las rigurosas mañanas del colegio o en los domingos clericales de la misa. Sonia crecía a la evocación preliminar y misteriosa de su profética belleza y al volcánico deseo de una sed sin tregua... Y se colmaba insaciablemente de arquitectónicos milagros corporales. Se abría a una mórbida eclosión, callada en su ser, irrefrenable en las olas crispadas de sus perseguidores sedientos. Pero Sonia crecía también a los elevados andamios de un deseo oculto. Regando como una rosa el polen virtuoso de su primavera angelical y espléndida: "Todo lo bueno se parece a Sonia", solían decir algunos en medio del oleaje desconsolado de sus llantos numerarios. Por eso, todo el que percibía algo bueno en el pueblo, lo comparaba con alguna de sus gracias. Nada era bueno, si no era compatible con algo de Sonia, con el toque mágico de su bárbara belleza. Fue por eso que alguien un día, en medio de una fiesta exclamó, blasfemante y jocosamente "Después de Sonia, se acabaron los milagros..."

La elección de Reina Colegial de Belleza la asaltó junto con la adolescencia. Al principio su madre regateó su participación en el certamen, luego terminó aceptándola, "Si no se requería de cuestiones abominables..." El abandono de la inocencia para Sonia abrió diferentes puertas. En febrero, sin obstáculos mayores se coronó Reina del Carnaval. La noticia de su belleza desbordó el límite provincial y pronto llegaron gentes de todas partes: periodistas, buscatalentos, hombres de negocios y envaselinados aventureros. Todos detrás de Sonia en furtivos

escarceos sexuales, en dilatadas esperas nupciales. Ella reía con una mística convicción fulgurosa. Algunos procuraban (¡Tan solo!) ojear el tronco naciente de aquellos senos planetarios: "Solo eso valdría para estar vivo y poder contarlo", decían en la súbita muerte de sus reiterados fracasos.

Sonia crecía. Flotaba en un etílico goce de ebriedad, halagada. Cada parte de su ser parecía encajar majestuosamente en el ángel especial de su gracia...pero a finales de marzo comenzó a cruzar sobre una pendiente resbaladiza. Los viajes escolares de su adolescencia tornaron en ocultas estridencias de discotecas y en humos de aromas indescifrables. Estridencias y humos la arrastraron. Mostró como el lirio su debilidad temprana. Se arrojó, sin reparos, en un abismo aterciopelado y húmedo, profundo y carnal... Y alcanzó la cúspide de su engendro proverbial. Creció, maduró jugosamente...aquellos senos, infernal delirio de tantos... esa molicie pecaminosamente redonda. Todo ella era penetrante: la alucinante geografía de su cuerpo perfecto, pegada en la memoria de los solteros y en el recato de los más íntegros esposos del pueblo.

En Sonia todo era vertiginoso, fatigante. Fuente inagotable donde trataban de calmar sus ansias desesperantes y milenarias tantos... y tantos... Esa gracia embrionaria de Sonia un cordón invisible que arrastraba señores y señoritos de la más rancia catadura... Pero Sonia resbalaba en la pendiente con ansiosa debilidad primaria... Se sabe que la abundancia mal administrada termina casi siempre enterrada. Peor aún cuando se trata del laberíntico patrimonio

de los bienes corporales, pues ellos acogen con inexplicable debilidad el más efímero de los senderos. Sonia desgraciadamente dio riendas sueltas al acerado unicornio de su selva corporal. Acompañándolo a una veleidosa carrera lúbrica.

El asomo de la desgracia apareció una tarde de mayo ¡Esa no eres tú, Sonia Trejo!, exclamó amargamente espantado Abel Caimares, uno de sus amigos predilectos. Veinte libras le habían desaparecido del cuerpo como fuego apagado. Su cuerpo se estrechó cobardemente. Sonia Trejo iniciaba, sin darse cuenta, su recorrido fatal hacia la muerte. Una mezcla confusa de comentarios callejeros dieron por agigantar su desventura. Se opacaba como ocurre a los espejos viejos. Y fue perdiendo el carnal bullicio de su mágica envoltura. Los comentarios crecían pariendo historias secretas y espeluznantes. Su muerte inaplazable se convirtió entonces en una doble muerte: la que se tragaba su vitalidad entre los trapos manchados y la que le deparaban las bocas crispadas de los comentarios pueblerinos.

Sonia cayó una mañana de julio. Empezó una dolorosa jornada de visitas incontables al inodoro y un aullido repentino de manchas imborrables. Pétalos oscuros que tapiaban su cuerpo, desfigurándolo, borrando su fécula ornamental de bronce carnal. Perdía volumen inconfesablemente rápido; se esfumaba en la espiral de una llama de muerte... "La plaga se adueñó de ella", gimió un día la tía Laura. La plaga se tragaba a Sonia y el encanto de la pulpa sideral que fue su vida en flor. Estaba allí tirada, en la pésima figura nostálgica de un recuerdo que se traga-

ba el mundo en su entrega sin reservas de noches suculentas, socavada por la hendidura total de aquel deseo inagotable y profuso. Allí estaba la sombra de Sonia, el pliegue febril, la oscura nostalgia... ¿Quién pudo pensar esto de Sonia? ¿Quién iba a decirlo? Las prominencias de sus pechos, su obstinada rigidez, el pelo desafiante, la gracia, el delirio... el arrebato. ¡Y ahora nada! ...;

La casa materna se convirtió en un pasillo grande y solitario. Amigos de diferentes calibres y momentos, ya no estaban. Ya no se recibía a nadie en la espaciosa sala con detalles refrescantes de otros tiempos. Sonia permanecía en un cuartucho febril y modesto, cuyo único punto resaltante era un poster gigante de Madonna con una serpiente brillante entre las piernas blancas. Para detener las puntiagudas miradas de los transeúntes imprudentes, Sonia fue trasladada allí, pero también la colocaron detrás para aplacar, los punzantes amaneceres de aquella agonía perpleja y turbia; marcada por el estropicio de la plaga. En una tarde de aquella agonía amontonada, su madre, la tía Laura y algunos amigos cercanos se reunieron para elevar algunas plegarias.

De las susurradas y luctuosas oraciones, desprendió un lamento sentido, como salido de un hoyo profundo: "Juro que le hicieron mal de ojo, pero ella no se va sola..." Apenas terminó su frase entempestiva, la tía Laura clavó los ojos sobre Abel Caimares que parecía estar congelado, simulando controlar el erosionado volcán que se lo tragaba en sus adentros al oir aquella frase acusadora y torrencial.

Se conjeturaban todas las hipótesis posible sobre la desgracia de Sonia. Comentarios que volaban y penetraban, permeando todas las calles de la ciudad, pero alrededor de Sonia solo una cosa se mantenía inalterable: la muchacha se gastaba. Se perdía como una huella. Entre carnes y cabellos incurables, en un oceánico asombro, morboso y pueblerino... Sonia se gastaba entre explicaciones médicas y especulaciones profanas, en un aluvión farmacológico de prescripciones medicamentosas inútiles y en una mezcla rudimentaria de pócimas furtivas de la tía Laura, preparadas con fervorosa devoción, pero tan fallidas como complejas...

El día diez de agosto era su cumpleaños. Tres antiguas compañeras del Colegio visitaron a Sonia que yacía en su lecho agonizante. Una de sus amigas se acercó a la mejilla moribunda de la enferma, osaba darle un beso. Estaba cerca del rostro amarillo y apergaminado, pero en un silencioso ritual mortuorio apenas pudo espantarle las moscas que pululaban alrededor de la boca manchada por algas blanquecinas y verdosas. Hundida en su infame desgracia a Sonia le pareció aquello una lejana satisfacción extraña... A las tres y cuarenta y cinco, con unos quejidos como exprimidos de la matriz telúrica, hizo algunas peticiones borrosas, balbuceantes... Entonces, la tía Laura interpretó el grito oscuro de Sonia: "Agua, que la plaga se la bebe y la seca".

En efecto, no quedó una sola gota de agua en su cuerpo. La sal se le perdió entre las sábanas y quedó un amasijo crujiente de huesos estertorosos. En un nebuloso clamor solicitó la presencia de Abel Caimares, justo cuando el párroco la confesaba... Luego, un desesperante balbuceo de confusión, unas babas bochornosas, la mano izquierda levantada en un gesto inútil, una brumosa señal. Luego, exageradamente abiertos los ojos metálicos, un giro leve y doloroso en posición fetal y quedó como enclaustrada en el fuero inhóspito de la estrecha cama. Empequeñecida, no volvió a moverse jamás... En una agitación espectral se le vio irse enroscando en aquellos trapos manchados y en un fantasmal silencio de acero la plaga se la llevó por la ventana. En la pequeña habitación nadie alcanzó a decir una palabra, pero a dos cuadras de allí, Abel Caimares sudaba tembloroso y su miedo era la irrefutable premonición de su decretado encuentro con la plaga...

II.

Menciones

Días Marcados

Seudónimo: Eva Autor: Carlos Sosa Ovalles

Ahora que mis ojos no ven, solo miran objetos inanimados y mis oídos no escuchan, solo oyen ruidos deformes, escándalos de voces ininteligibles, voces que más que decirme que estoy en presencia de la vida, me molestan. No huelo, solo respiro forzosamente y no me gusta el ritmo, ni el calor, ni el olor de mi respiración. Mi piel es una especie de caja de carne muriendo, ahora quiero morir. Siento toneladas de paredes en la nuca y serpientes jugando en mi estómado y ahora, sabiendo que se aproxima mi muerte, saberlo me produce una sensación de alivio una paz indescriptible. Siento que sin mucho esfuerzo voy decididamente a morir.

Ahora, mientras las cortinas púrpuras enfunebrecen el autobús y miro a los pasajeros como a momias vivientes, recuerdo, viendo unas páginas de mi diario, qué tonta he sido:

Febrero 14/ Magnífico día. Paseo con Ronald. Regalo. Creo que lo amo. Fiesta con los ejecutivos del Canal. Llamo a papá.

Marzo 16/ Te felicito Scarlet, lo mereces. Aumento de sueldo en TV; ¡ah, y de libras también! Materias exoneradas. (Thanks, Adelaine) Marzo 29/ Ordenar departamento. Ir al pueblo (fin de semana). Odio las visitas sin avisar, el bus y las medias nylon. Amo a "Casa Vieja", a Ronald y salir al aire en TV.

Abril 4/ ¡Diabluras! Papá está de acuerdo. Conduzco la mitad del programa; Freddy Caba me ha recomendado. Escribió "Scarlettee" en la pantalla. Ceno con Laura (parece una buena chica). Círculo literario se reúne sin mí.

Mayo 1/ No laboro. Me quedo en el departamento. La Cocacola mezclada sabe mejor. Anni me dio una fotocopia del atrevimiento de Ronald en el Círculo: "CRONOLOCURA DE UNA RETEN-CIÓN/ Detrás de un cigarrillo, en la ventana/ sus pasos golpean mi soledad, es ella/ la silla, la única, tiene puesta mi camisa/ no me peino, mi espejo se volvió veinte esta mañana/ ella sube. La calle es un hoyo a lo lejos/ Se detiene, lo sé, a perfumar la escalera,/ no me he volteado ni me importa/ afuera el sol huye al día. Un niño./ Una caja de humo, un diario, una cerveza/ la propina es mañana, la lombriz al anzuelo/ Ella toca, abre/ yo no miro, se sienta. Sale el niño/ un casete argentino, lo baja/ Ya lo ves, no tengo ni propinas/ de tan bella es tonta, me peina/ su cepillo se atasca, se ríe/ le vendo mi soledad, somos niños/ su precio es su dolor limpio/ su cara de jabón sin espuma/ su boca como dedos de agua endurecida me espera/ no me he vuelto a saludarlo/ ni hace falta ponerse la camisa/ la calle a lo lejos donde vi su auto/ se llena de la tarde que agoniza/ volteo el rostro, el casete, por cuarta vez, se termina/ calculo la noche, la luna, la brisa,/ las veces, los besos, la prisa/ sé peinar, sé bailar, lo celebro/ sé cantar, sé vestir, se bañar/ pero no sé bajar la escalera/ el perfume aun persiste/ se queda."

Junio 8/ Cobro. Banco. Canal. Tienda. Carta de mami: "...mijita, sé por lo demás que estás haciendo todo lo que nos podría hacer sentir orgullosos. Besos." Noto a Ronald distinto. El domingo cumplo 22, ¡los dos patitos comiendo arroz!

Después de la noticia me he sumergido en una profunda depresión; caídas las fuerzas y el hálito de la supervivencia, agotadas las posibilidades de solución, absorta en un estado de desesperación, quiero morir.

• En el autobús, Canon de Pachelbel se cuela sutilmente hasta penetrar las fibras de mi sentir con drogante fuerza, para colmo el horóscopo me remacha el clavo: "Un día en el que nada saldrá a derechas, pese a cuanto te esfuerces por conseguirlo. Peligro de disputas familiares muy serias. Pon de tu parte si deseas lavar la vida en común de un riesgo de ruptura definitiva. Si eres soltera y tienes un amor, peligro de que otra te quite la pareja".

Hoy, de regreso al pueblo, mi dolor no ha cabido en el autobús. Siento muchísimo no tener una familia como Annie Yordaine o como Sarah; peor, se me desploma el cielo, justo cuando lo necesito enteresito y nada, ni la reprobación de la condenada "Estadística Elemental", ni estas libras de más

que me hacen sentir insoportable; nada, ni la ruptura de Mami y Papá, total eso se veía venir desde tiempo atrás, nada ni el que los muchachos de PROESA-92 hayan reproducido el video de la graduación, la famosa "graduación". Nos metimos al Car Wash del Lido y nos "victoriamos" tres cajas de frías y luego lo grande fue en el Viejo París, perdimos la cuenta de los "viejos" y por ocurrencia mía, salir (a las tantas) a bañarnos para el río y cuidado con ustedes qué frescura (y qué va, todo el mundo hizo pareja). Cómo que cómo, los varones en calzoncillos y nosotras en panties, así nos bañamos, la coñada la hizo Hernández que filmó todo el espectáculo y ahí me tienes enseñando hasta las intenciones, pero ni eso, total el viejo qué le importaba más que concretizar su viaie de la OPS a Checoslovaquia y agilizar el divorcio, aún me zumban en el oído las palabras repetidas de D' Windt: "De verdad quieren separarse" y ahí asentía el viejo con una sonrisa de libertad que sí, que será mejor para ambos, jamás dijo para los tres, pero ni eso me ha fregado más la paciencia que la cínica actuación del estúpido de Ronald en quien había confiado.

Con qué enfermiza pasión te he amado, pisoteado mi ancestral concepto del amor, el juego alegre en que se había de dar cualquier cosa menos el alma; te he dado todo, cuerpo, alma, espíritu, luz, sombra, palabra y pensamiento. No solo he desnudado mi cuerpo virgen como fruto de los más ocultos montes amazonas, sino que he desnudado irreversiblemente cada porción de mis sentimientos, he sido más que sincera, transparente y qué has hecho...

Debí hacerle caso al viejo del canal, me ha llamado muñeca con toda la ternura del mundo y no está mal, sabes, era capaz de todo por mí, o bien pudo ser aquel muchacho que trabajaba en la hacienda, no en la del Hato, sino en la de Güisa, cómo es que se llama. Asdrúbal Luna, el pobre me tenía miedo y vergüenza, me lo dijo dos años después. Una tarde me disparó unas palabras balbuceadas a guemarropa: Si no le he dicho nada antes es porque usted es muy rica y educada, no soy de su clase, pero -no jodas tú, histórico complejo de ignorancias- y además es usted tan linda que me asusta". No vallas tú a pendejear, yo por entre mí, tonto, aprovecha que estamos solos, no hables de más, sorpréndeme, invítame a ver tu cuarto, tírame en tu cama y haz lo que no son capaces de hacer los bullosos del colegio... y él embelesado y yo pensando, haz volar uno por uno los botones de esta blusa ardida, aúpame con esos brazos de Sansón que tienes. haz bailar esas manos en el alboroto de mi pelo, estrénate en mí. Me ha sorprendido riéndome: "Scarlet, por favor, no le vallas a decir nada al Don" y yo por dentro "¡Qué Don, ni Don!, soy mujer, ya cumplí dieciséis y tengo unas ganas locas de que me robes un beso, que descontroles los arreboles de esta pasión beligerante, de este tórrido y fiero deseo de extasiarme". Tu eras la mala, Scarlet, maluca, putísima: te desvestías cantando, con las persianas que daban al establo abiertas, para que él sufriera. Te subías a la cama en panti y brasier y saltabas hasta que él se ponía colorado. ¡Qué va!, le tomé cariño, jugaba con él todos los domingos, vestía para mí, se

esforzaba para mí y cantaba para mí, yo le pagaba con besitos huérfanos en la boca, para después terminar a guayabazos limpios...

Papá me dio la gran noticia un día: "Drúbal va a morir de asfixia". Descubriste América, le oí sin mirar, levendo una Vanidades; "Diez fórmulas para acorralar a un hombre casado". Los modernos recursos de la tecnología en la comunicación me hacen pensar que la época del romanticismo pasó: el teléfono, por la carta o la visita, el CD, por la serenata, el beeper, por los papelitos y los mandados; Benny and Claude, por Stiptease; Joan Manuel me lo había cantado en Siglo Veinte... Con qué escandalosa vena ventral llorarán por mí Romeo y Julieta, amparados en la última frase de Edgar Allan Poe: "La muerte vive en la última verdad", en aquel inconcluso Morir sin Lágrimas o en Los Cuervos, no recuerdo bien...Ahora, tarde, lo entiendo: se es caliente o frío, jamás tibio; Mesalina o Santa Teresa; bueno o malo; en el amor los entredós no cuentan o Dios o el Diablo, paloma o serpiente, amar o morir y yo no he sabido amar...

Debiera no llamarte monstruo, pero no puedo evitarlo; debiera no pensar que me has hecho rodar miserablemente al polvo sepulcral de la humillación y de la lástima. En cuantas incontables trizas has convertido mi corazón enamorado estúpidamente ciego e irracional. No me basta derramar todas las lágrimas que tengo para maldecirte y maldecir a Laura. Su maldita hinchazón de "deslices" libidinosos. O quizás maldecirnos a todos y no quiero pensar que Dios intervenga en mi cenagoza vida,

ahora más que nunca necesito del "libre albedrío" para poder equiparar sin atajos ni ataduras mis determinaciones. Debo, quiero y así lo haré, casarme con la muerte, le amo, ¡oh silenciosa!, ¡oh mano abierta del cansado!, voy hacia ti. ¡Oh teacher Adelaine, please, dime que sí, que es posible lo de tu última clase sobre el "Estudio de los Fenómenos Oníricos" que "con la repetición de un deseo puedes llegar a un estado de hipnosis e inconciencia, con mensajes prefabricados; puedes invadir las células de los hemisferios cerebrales hasta conseguir morir sin dolor", anda, dime que no son bobadas de Bliznitchenko.

He pronunciado la palabra morir y me pareció una de esas locuras que regularmente nos asaltan, nos invaden en momentos de deseperación, uno de esos pecados a los que es imposible albergar pero con la inconsciencia que lo he hecho una vez, lo he repetido y va le encuentro dulzor. Lo he repetido tanto que ansío verdaderamente morir. Es que no debo seguir aquí, hago poco viva, no soy más que un miserable estorbo con la carga de problemas que tengo. Nadie debe pagar por mis estupideces v cada quien es dueño de su propio destino. Sé que debo morir, así como un particular determina cuándo debes nacer, cuándo debes ir a prisión, ir a la escuela; con mucha más razón puedo y quiero determinar cuándo y cómo morir y lo quiero ahora. Siento un deseo inmenso de gritar ilimitadamente pero mis lágrimas ya no quieren salir y la voz a retazos no es más que un gemido seco que se me atrabanca en el pecho. No hay peor cobarde que quien teme morir, iamás sería capaz de arriesgarse para obtener logros

importantes. Morir es de valientes. Comprendo ahora que nada ronda más cerca que la muerte en el ser que día a día convierte su vida en una lucha tenaz a favor de su éxito. La otra cara del triunfo no es la derrota sino la muerte. Es mejor morir con heroicidad que vivir a expensas del favor caritativo o de la conmiseración. La muerte es un logro, la vida es solo un vicio. No he vivido bastante pero... no quiero peros, ningún otro pensamiento puede bloquear mis determinaciones: debo, quiero, deseo, morir...

Junio 24/ He vuelto a escribir, raro: "De vez en cuando llegaba/ de vez en cuando, certero/ llegaba ese denso rumor negro/ tumultuoso respirar acalorado de ansiedades/ y se sentaba a la cama conmigo/ nunca necesité sacar y lo juro/ del bolsillo del glúteo izquierdo algún consuelo/ de vez en cuando llegaba soporífera/ esa inexplicable materia tormentosa/ que hacía atorar a los estudiantes de medicina./ A veces llegaba a mí, eso/ regalándome un puñal manchado/ llegaba riendo suciamente, feo/ llegaba apretándome invisible el pecho/ digo a veces, pero fueron muchas/ te ha pasado que no quieres que te jodan la paciencia/ mi papá dice que es el diablo/ por eso no se lo cuento/ pero a veces llegaba lanzándome balas/ suspendiéndome estornudos o volviéndome bizca/ llegaba hediondo a abrazarme. Muerto/ llegaba lastimoso como leproso hambriento."

Si pudiera sin salir de este cuarto aparecer sin vida, fuera lo mejor. Solo una pequeñez me detiene, el cómo hacerlo para morir hermosamente, digna-

mente. No es lo mismo morir de bronquitis que de un shock cardíaco, ni es lo mismo morir de desintería que suicidado.

Ya he introducido los dedos en el tomacorriente, no he recibido más que un ligero sacudión y sigo viva, no he logrado electrocutarme. Después he pensado en todas las formas de acabarme... Ah, la navaja de afeitar o el cuchillo de cocina al cuello v ¡zas!; pero no, esa sería una muerte sucia y si no muero a tiempo podrían hospitalizarme; peor, una cicatriz en el alma y otra en el cuerpo. Necesito una muerte de valiente, tinte para el pelo, texatinol, cuánto durará una viva después de ingerirlo. Temo que sin pretenderlo grite y puedan venir en mi auxilio. ¡Ahorcarme!, el cordón del zapato no me sujetaría, el cable eléctrico lo envuelvo al cuello, lo amarro bien y ahí pasó tu historia, Scarlet. Tonta, tú sabes que a la gente no le gusta ir a funerales de ahorcados y yo pretendo que medio pueblo venga hasta acá, que sequen la hierba del jardín en nueve días y alcancen las naranjas y las peras del patio, que se lamente mi muerte en las calles, en las plazas, en las iglesias, en las reuniones sociales; que se comente en los periódicos, en los canales de televisión, en la universidad, en la playa, dondeguiera... Debo morir. pero es ya, qué estupideces pienso. La luz, mis lágrimas, las bachatas a lo lejos, el teléfono... estoy viva aún, inconcebible.

A la calle, volaré ante el primer auto veloz, pero no... causaría problemas a otros y además esta es otra muerte sucia. Debe ser ahora para que al oscurecer todos se enteren y vengan a ver mi cadáver. Vidrio molido, ya está, nadie me revivirá, un frasco fino o un bombillo, lo muelo, voy al baño lo ingiero, grito fuerte y ¡pum! La bañera no, no. (La que molestaba en el teléfono era AnniYordanie, no me ha salido la voz). Cómo no haberlo pensado antes, la muerte más limpia es ahogarme...la cisterna, nadar a la profundidad, cerrar la tapa y dormir... ¡Diablos!, y ¿cómo lo hago? Bliznitchenko, hipnomancia, muerte sin dolor...

Empiezo a sentirme monstruosamente grande y torpe, crezco insoportablemente ante mis ojos. Voluminosa y miserable. Han agrandado mis instintos al sentirme hidrocefálica, febril, convulsa. Los ojos se me han nublado y empiezo a sentir comejenes en los oídos y gusanos como dedos en las cuencas de los ojos. Volaron mis cabellos y no puedo ya gritar. Lo he intentado con fuerza hasta sangrar. Ahora se va apagando mi fuerza vital, siento que sudo aceites incoloros por todo el cuerpo. Encienden abanicos en mi cabeza y chilla un metal de filos que me absorbe la respiración. Me voy, me mareo. Náuseas. Me quemo, se desinflan mis senos y mis muslos, estoy volando a un abismo infinito de luces que se derriten y ojos y risas lejanas y ahora...

El tiempo, la luz; la luz y el tiempo. Espacio, bruma, vitae, vitae, vitae...

Scarlet sintió a plenitud aquella brisa fresca que se metía despacio por sus ojos sin gusanos y que limpiaba su cuerpo. Un torrencial de espumas invisibles que le arropaba como nube y sintió que respiraba. Respirar, qué fantástica sensación de infinitas paces, respirar aquel clínico olor que adormecía, respirar, brisa y amoníaco, respirar deseos de vivir. Vivir entonces era la clave; sobreponerse, ser, existir, estar... Saltar el hilo abismal de miedos y de sombras, volar hasta esa misteriosa materia plurideal llamada vida.

Sintió que le regresaban sus órganos palpables y los no palpables, primero sus pies y sus piernas como sofás, su sexo frío, sus senos cubiertos latentes, sus dedos recibiendo sus órdenes, muévete meñique, muévete índice, luego las manos, muévete tú, muévete tú. El fuego de su cabeza empezó a salir invisible por sus orejas y así recobró una a una sus capacidades sensitivas: oler, oír, respirar, tocar y saborear; luego entreabrió los ojos: paredes verdes de dos tonos, luces blanquísimas, todos vestían de blanco menos dos; "Hija, hija (bajito) aquí estamos (casi inaudible), aquí estamos".

Dio órdenes con la sonrisa, una mueca pálida que silenció la sala, le llevaron su diario, le señalaron la fecha, no calculó, solo alcanzó a ver que en su lugar ya habían escrito. Logró leerlo y lloró de amor: "¿No sabes tú que eres templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ti? Al que destruya el templo de Dios, Dios lo destruirá. El templo de Dios es santo y ese templo eres tú". (I Cor. 3:16-17).

Afuera llovía entre el polvo y la brisa, pero el sol permanecía...

28 de Setiembre

Seudónimo: El Inocente Autor: Elvis Antonio Ortiz

En aquel lugar maravilloso, bien aireado, con una vegetación que verdeaba, lleno de árboles titánicos y burdos como ya rara vez se ven en estos tiempos, y alrededor los más pequeños y jóvenes, relumbrosos, podados, limpios. Pero sobre todo, con unas familias de avecillas de todos tipos, armonizadas, trabajando sin quietud, cuidando de sus crías; unas dándoles de comer, otras enseñándoles a volar. No se puede explicar con palabras la belleza que allí existía.

Se dice que nada es perfecto en la vida y que solo Dios y su reino lo son y en realidad yo lo creo así, porque en medio de este mundo inverosímil existía una casa, por fuera, con una presencia bien agradable, quizás porque la alegría y la plenitud del ambiente a su alrededor la contagiaba. Pero por dentro no parecía que estaba cimentada en aquel paraíso: estaba llena de comodidades, pero en cierto sentido, lucía vacía. La familia que la habitaba no le daba calor, solo un adolescente que se pasaba los días en la sala viendo televisión o en su alcoba leyendo libros. También, junto a él, una doña con largos años ininterrumpidos ofreciendo su servicio. Laborar y amar había sido su suerte en toda su vida y de vez en cuando solía decir: "Al amar a Dios, sien-

to que me amo a mí y al amarme, también puedo sentir amor por los demás". Su comportamiento decoroso le dio crédito hasta llegar a ganarse la confianza de todos y en especial la del señor, como ella le solía decir.

Los padres del joven poseían una personalidad bien madura para los negocios, contrario al rol que les correspondía como educadores y guías de su hijo. Sus influencias estaban impregnadas en los negocios, situación esta que los mantenía alejados de su hogar y activos siempre en cenas, reuniones, conferencias y en actividades que, según ellos, se lo exigía su medio social.

El señor Carlos tenía un hábito que él mismo se había impuesto: no dejaba de leer el periódico del día, antes de irse a acostar y para sentirse cómodo tenía un canapé especial en la sala, junto a los demás muebles. En ese lugar estaba sentado él, en su rutina y a poca distancia de él Dolorita, mirándolo y pensando: "Se me está llendo este mes y luego se irá el otro y así pasarán hasta que se va a ir el año y mis postergaciones no me dejarán hablar con él". Sin dar un paso atrás, exclamó: "Se acabó", y se acercó un poco más.

- Señor, susurrándole casi al oído.
- ¡Eh! ¿Por qué llegas así? Me asusté contigo, le dijo con toda modestia.
- ¡Perdone usted, no fue mi intención! Le respondió Dolorita, un poco asustada.
 - ¿Qué se te ofrece? Toma asiento.
 - ¡Gracias! Siento mucho el interrumpirle.
 - No, no es nada.

- He estado buscando la manera de hablar con usted y aproveché ahora que los demás duermen.

- Estamos solos, tú dirás, le pidió el señor Carlos

a Dolorita en posición de atención.

- Pues bien, el apoyo y el respeto que ustedes me han demostrado en todos estos años que llevo en esta casa ha hecho que me sienta ser parte de la familia y por eso mi amor y mi confianza se ha acrecentado cada vez más con respecto a cada uno de ustedes y es tan así, que a Manuel lo he llegado a considerar como a un hijo y por él es que me siento preocupada; sobre él es que le vengo a hablar. Ayer me dijo: "Anoche soñé que desde lejos me llamaba una voz, caminaba hacia ella v de pronto mandó que me detuviera y que solo me limitara a escuchar". Le pregunté que le dijo esa voz y pensativamente me dijo: "Que mis padres no me guerían, que yo no les importaba y que si quería ser verdaderamente feliz que dejara de leeer estos tontos libros, que no viera más esa aburrida televisión y me fuera a la calle, al ambiente, que ya era un jovencito y que me buscara muchas noviecitas y que así me haría famoso entre ellas y que por lo tanto conseguiría muchos amigos que me harían feliz".

Mire señor, con todo el respeto que usted me merece, pero creo que usted y la señora han podido lograr una gran fortuna en cuanto a lo material se refiere y en cuanto a lo espiritual y emocional no han logrado nada; solo muchas miserias. Les digo esto, porque Manuel refleja esa pobreza y se tiene confirmado que los hijos no son más que el espejo de los padres y también se dice por ahí que "conoce la planta el autor".

Me voy a ir a acostar y quiero que no me conteste nada, solo vine a hacerle una advertencia para que si usted lo considera se ponga en alerta. Con toda la calma se levantó del asiento y agregó: ¡Qué pase buenas noches!" y dando la vuelta salió caminando despacio y erguida como quien ha cumplido con una misión. Satisfecha con Dios, con ella misma y con ese jovencito a quien le había tomado tanto cariño. El señor Carlos, por su parte, se quedó pensativo, taciturno y melancólico.

En la mañana siguiente, temprano, cuando se alistaban para ir a sus faenas diarias, le preguntó Carlos a su esposa:

- ¿A cómo estamos hoy?
- A 28 del mes 9, le contestó Aurelia. Hoy es el último sábado del mes. ¿Por qué lo preguntas?
- Hoy es un buen día para que salgamos juntos esta noche, pensaba Carlos en voz alta.
- ¿Para salir con quién? Dime, ¿con quién estás planificando salir esta noche?
- ¡Mujer, no seas mal pensada! Estaba pensando en tí y en nuestro hijo.
- ¡En mí! ¡En nuestro hijo! Ahora estás tu con sentimentalismos...
- Yo te he referido algún día que quiero salir contigo y con Manuel para que después me digan que ya puedo ser abuela... Já, já, já...! hay que llevarte a un hospital para enfermos mentales, ¡ya lo veo!
- Sí, no me extraña que reacciones así. Desde el embarazo rechabas a Manuel. Nunca te ha importado. Así que allá tú y tu complejo, porque yo me iré

al trabajo y Dios mediante, voy a venir temprano para salir con él y darnos un banquete los dos juntos...

- ¡Qué bueno!, pues que gocen mucho...

Al llegar la tardecita, se dirigió a la alcoba de Manuel y encontrándolo allí leyendo, le preguntó:

- ¿Qué haces, hijo...?
- ¡No ves...!
- ¿Sabes...? Vine para invitarte a salir, para que salgamos juntos esta noche.
- ¿Y tu trabajo y tus compromisos, papá? Llegas a casa solo cuando vas a acostarte. ¿Qué ha pasado hoy?
- Tú vales mucho para mí y considero que esto es más importante que cualquier otra cosa en el mundo.

Manuel se quedó inmóvil con el libro entre las manos, sentado en la cama, el rostro firme, hosco y serio.

- Pero hijo, ¿no me contestas nada?, suplicó Carlos parado en la puerta...
- Vuelve más tarde ¿quieres? Después te doy la respuesta.

Cayendo la noche, Manuel toca y luego abre la puerta de su papá:

- Papá, ¿estás listo?
- No, todavía, costestó Carlos...
- ¿Te falta mucho? ¿Quieres que te ayude en algo?
- No, gracias. Si deseas siéntate y espera que termine de bañarme y cambiarme. En un momento estoy listo...

En el baño, Carlos pensaba: "No era lo que yo pensaba respecto a mi hijo. El me quiere, sí. Sé que me quiere y desea encontrar un amigo en mí. No, esta noche no será la única noche en que salgamos juntos. No lo voy a descuidar más..."

Cuando finalmente salían, se encuentran en el pasillo con Aurelia, elegantemente vestida:

- ¡Qué! ¿Hay cupo para mí? dijo ella con un mohín de coquetería...
- ¡Sí, mamá! Siempre la habrá... contestó Manuel con una franca sonrisa.

El Pueblo Abandonado

Seudónimo: Marcus Autor: Félix Juan Jerónimo Beltré

Sabemos que son ellos. Espiarlos se ha convertido en nuestro único oficio, los espiamos desde los portillos de la madera carcomida de nuestras casas, desde las grietas en los muros, desde las sombras, desde no puedan vernos...

Han pasado ya muchos años desde entonces. Primero vinieron unos forasteros a husmear por el pueblo. Jamás sospechamos lo que pasaría. El mismo día que se marcharon, Don Pazco regresó a casa temprano y encendió la radio: Informe de meteorología..." comenzaba a decir el noticiario radial cuando Pablo abrió impetuosamente la puerta de la habitación y dijo: "¡Oigan!" y subió el volumen a todo lo que daba: "... son unos caballeros invisibles, de aire y de nada, que descienden del sol en brillantes caballos de acero." Y a seguidas, en las calles se escuchó un clamor colectivo: "Unos seres con vaho a OVNIS sitiaron el pueblo."

- Lo sabía, exclamó don Pazco.

Él y papá nos echaron mano a mamá, a Pablo y a mí para que les ayudáramos a cerrar puertas y ventanas. Luego papá y don Pazco se miraron un segundo antes de dejarnos a solas. Enseguida regresaron con los martillos, los clavos, las tablas...

Ese día toda la gente llegó a casa temprano y todas las puertas se cerraron casi al mismo tiempo. Las casas se sacudían bajo un tac, tac, tac y un "Clava aquí o allá"... Las calles quedaron desiertas a la intemperie, llenándose de polvo y de sol. Se cerraron las puertas de los colmados, almacenes, cafeterías, supermercados, ventorrillos, panaderías, reposterías y todo tipo de negocio cuyos productos, después de unos días en el encierro, despedían un olor añejo de cosa que se pudre a distancia.

Llegó un momento, cuando no se podía pensar en la ferretería, ni en la tienda, sin que el moho y el polvo se posaran como de sorpresa bajo la lengua. En cuanto al teatro, se fue consumiendo hasta que desapareció por completo. El Ayuntamiento se fue deteriorándo hasta arruinarse. El hospital se ennegreció, enmudecieron las discotecas y el bar... La escuela la tomaron las golondrinas (las mismas que en otros tiempos bajaron del viejo convento en las vacaciones). Solo cuatro lugares quedaron abiertos: el cuartel de la Policía y el de Bomberos, porque carecen de puertas; la Iglesia, ocupada por los murciélagos y el Cementerio, porque al encargado se le olvidó cerrarlo.

Después han sucedido muchas cosas.

Durante los primeros días del sitio, tratamos de vivir una vida normal en la casa. Papá soltó los perros para que anduvieran dentro de la casa de día y de noche, vigilándola. Cuando no estábamos en la cocina, mamá y yo pasábamos el tiempo remendan-

do ropas y bordando. Yo escribía en mi diario cada noche antes de acostarme. Papá pasaba el tiempo revisando las cosas: debajo de los muebles, detrás de las camas, dentro de las gavetas. El descubrió las grietas y los orificios que el tiempo y la naturaleza le habían ido abriendo poco a poco a la casa.

Pablo se mantenía casi todo el tiempo en su cuarto viendo la televisión. Don Pazco vivía plácidamente en la sala pegado al pequeño radio que era su único tesoro (Sobre don Pazco debo aclarar que no pertenecía al árbol genealógico de la familia. Volvió de la revolución un día, junto con papá y se quedó a vivir en la casa hasta que murió.)

Creo que don Pazco murió de hambre. (las provisiones de la casa ya se habían terminado para entonces y a mamá ya la teníamos amarrada). Habíamos hecho tantos progresos acostumbrándonos a comer tierra, que el hoyo en el piso de la cocina se hacía cada vez más ancho y profundo. Pero el estómago del antiguo guerrillero no se adaptaba; estaba tan viejo, el pobre... Ese día Pablo estaba en su habitación divirtiéndose en su nuevo pasatiempo como entrenador de cucarachas y de ratas. De pronto, los insectos y los roedores olfatearon algo, salieron de la habitación, atravesaron la sala y la cocina, pasaron por delante de los otros dormitorios y se metieron en el baño. Allí estaba don Pazco, sentado en el inodoro, muerto. Del ano le pendían los intestinos, secos y arrugados. Lo metimos en el hoyo de la cocina y le tiramos encima cuantas cosas pudimos encontrar que no fueran vitales. y rellenamos con algo de tierra que sacamos de la sala.

- Lo mató la pena, dijo papá.

Pablo y yo no lo entendimos. Seguimos pensando que se había muerto de hambre.

Mamá seguía amarrada al tubo de agua de la cocina con la cadena de los perros. A don Pazco lo enterramos delante de ella y por eso, delante de ella nacieron, algún tiempo después, unas extrañas solanáceas estériles que comenzaron alimentándola con sus hojas y terminaron alimentando a toda la familia.

La vez que mamá se remató estaba lloviendo, pero los OVNIS no habían agujereado el techo todavía. En esa ocasión, estábamos en la sala cortándonos los cabellos y las uñas. Mamá seguía con un hipo que desde hacía días se le había pegado.

Murió uno de los perros, comentó papá.
 Continuamos en silencio durante un rato.

- ¡Que se murió uno de los perros!

Ahí fue cuando le comenzó a mamá el ataque de risa hasta el día de hoy.

En cuanto a los perros, yo sola me tuve que encargar de destazarlos, uno tras otro. Cada vez que moría uno, papá y Pablo lo despellejaban. El cuero servía para vestirnos después que nuestras ropas se terminaron de dañar durante el fallido proyecto del túnel subterráneo.

La idea del túnel comenzó a germinar cuando cortaron los cables del teléfono; es decir, desde el día siguiente al del sitio. Pero se fue haciendo cada vez más necesario. En una ocasión, Pablo anunció: "Se fue la luz". El había estado viendo televisión toda la noche, hasta la hora del apagón que duró para

siempre. De ahí en adelante, se motivó a domesticar los insectos que en el futuro serían nuestros comestibles. Pero eso no es todo. Un día estábamos papá, Pablo y yo bebiendo después de una hartura de carne de perro con solanáceas. El agua nos la tragábamos a duras penas. Al día siguiente era más lodo que agua y al tercer día ya no llegaba.

Cuando todas las esperanzas las teníamos muertas, nos sentamos en la sala los tres para llorar nuestra propia muerte inminente. Lloramos además por mamá y por don Pazco. Entonces nos echamos a morir en el piso. Un rato después, sin embargo, nos despertó la excavación, pero ninguno de los tres abrió siquiera los ojos imaginando que era la muerte que venía a recogernos.

Toda la tarde estuvieron escuchando el ruido en el subsuelo. Ya en la noche sacaron la cabeza y nos acabaron de despertar para que los ayudáramos. Todo pasó como en un sueño. Durante muchos meses (todos los que estuvimos bajo tierra) perdimos la noción del tiempo y de muchas otras cosas. Cuando por fin emergimos otra vez en nuestra propia casa, nos dio brega reconocernos. Teníamos las uñas crecidas y los dientes podridos, el sucio ya nos había cambiado el color de la piel. Papá tenía la barba crecida y Pablo se había hecho hombre también. En todo ese tiempo que pasamos abriendo el túnel que iba de casa en casa, comunicando a todo el pueblo, utilizamos desde picos y palos, hasta los mangos de las cucharas, las tijeras y los cortauñas.

Ellos intervinieron después, inesperadamente. En ese tiempo un compueblano dijo: - Extendamos el túnel más allá del pueblo. Escapemos Yo los guiaré para escapar de aquí.

Así planeamos la fuga. Trabajaríamos día y noche en la apertura de un túnel subterráneo que nos sacaría del pueblo, atravesaría montañas y nos llevaría a la ciudad vecina, al otro lado del lago que nos separa de las otras ciudades. Pero los OVNIS olieron algo de nuestra intención y antes de que pudiéramos hacer algo, sentimos cómo la tierra se estremecía y nos dejaba atrapados otra vez en nuestras casas, como al principio. No conformes con eso, agujerearon los techos con qué se yo qué cosa en advertencia de lo que pasaría si volvíamos a intentar la fuga.

Últimamente papá y Pablo se limitaban acechar a través de las grietas de las paredes de la sala. Todo el día se quedaban allí, inmóviles, como estatuas en espera de la avuda que en cualquier momento recibiríamos del resto del mundo. Una noche también dejaron de dormir. La única que queda en la casa y quizás en todo el pueblo con lucidez soy yo. Después que llené las páginas de mi diario, recorrí la casa por última vez garrapateando en las paredes con trozos de carbón. En eso me salieron las primeras canas. Cansada como estaba del silencio y de la soledad, fui a reunirme con mi familia en la sala. Me hinqué entre ellos (que ya estaban arrodillados), los abracé y los saludé. No me contestaron, no se movieron, no parpadearon. Pero ya yo no me sorprendí. Suspiré, busqué el agujero más adecuado y miré para saber lo qué pasaba...

Monólogo de Treinta Segundos

Seudónimo: Sísifo Autor: Julio Adames

Primero es el apozamiento de luz en sus ojos. Sentirla cerca de uno, a retazos. Las manos desatando el nudo de cabellos esta noche. Sin hablar nada. Sólo oliendo este silencio. Sólo moviendo los labios al borde de un susurro. El cuerpo entrando silenciosamente en la fuerza de esta piel sin reptación ni ahogamiento. Como furioso océano que se aplaca entre rocas. El cuerpo. Las primeras señales de cuando la aflicción reaparece. Sentirla. Sumarse poco a poco a ese enorme pesadez, al ardor que siente al aflojar las piernas, el chorro de calor bajando de una zona de conciencia a la piel replegada, a los oídos, a la mano que ahora toca los cabellos. El cuerpo sintiendo dentro de sí un mundo de migajas de rosas y alambres de púa; ella delgada y quizás enferma. Sabiendo que él se irá. Que es la última noche. El momento oportuno para resignarse.

Luego, es el tedio, la telaraña de sí mismo; el otro cuerpo a su lado, los ojos; tomar esa mano y tapar los ojos que se descubren, negros, rasgados, que lo miran a él con tristeza. A él que aún no logra

liberarse del primer sobresalto, que mira a cada rato allá afuera como aguardando a que algo suceda, sintiendo que los minutos son eternos esta noche. A él que no sabe qué pensar en estos momentos, justo ahora cuando mira por el orificio de la pared, por ese hoyo, y vuelve a ver al amigo allá afuera por el otro lado del puente, haciendole señas a él, con el pañuelo en alto, y luego en el suelo, muerto, boqueando un último suspiro: la punta de la bayoneta entrando a los tejidos de la piel y Tuto reculando, mirando bajo, sin pestañar, la sangre ennegrecida cavendo a chorros por el boquete de la herida y él que no. haciendo alarde de que no le duele, y luego dejándose caer en medio de un total desequilibrio, con el rostro plenamente desencajado y el pecho dejando ver algunos vellitos por el trozo de camisa sin abotonar. Y él viendo todo eso, agachado, temblando en la esquina del almacén, detrás del letrero, ovendo las pedradas y los escupitajos (la gente maldiciendo en el colmado), los guardias véndose. haciendo una falsa retirada, viniendo más guardias en camiones. La gente protestando la muerte, escupiendo, lanzando tímidamente alguna piedra desde la azotea de El Palomar de Basilio el español. Zócalos y cristales, profundamente rotos. La gente en las casas, en los balcones, comentando lo del pobre muchacho, el flaco, el que repartía los volantes en contra del gobierno, aquel al que todo el mundo le decía Tuto Cabeza, el hijo de Carmela y Juan Antonio, el comunista de mierda ese -al decir de los guardias- que iba huyendo a gran velocidad. sin obstáculos, hasta que de pronto se topó con la

tapia de piedras, con el muro, con las balas y con el aire chamuscado de antes de rodar por el suelo y caer todo dolorido, besando el polvo, arrastrándose como una culebra en un subterráneo sin salida. Bastante asustado. Tratando de cargar el pie quebrado sobre un promontorio de vientre vacío y con muchísimo dolor en los riñones y en la espalda. Mirando la noche, negrecita, la noche entera, el ropaje negro de la noche ocultando por completo al otro compañero, al otro que sí pudo correr, que sí pudo volar el muro y ahora lo mira mirarlo con una impotencia corrosiva, sintiendo el sudor en todo el cuerpo, mirando cuando uno de los guardias estruja la bota en la cara del amigo y luego le rompen las costillas a patadas y el amigo allí, sintiéndose solo, verdaderamente solo, sin poder orientarse en las señas del otro muchacho; nada moviéndose. Nada moviéndose que él pudiera ver, oír. No le quedaba ningún deseo de moverse. Nada. El sentido de los ojos del otro buscándolo, vaciándose. muy cerca de aquellos estruendos de proyectiles y metralletas. El cuerpo temblando en la laguna de humedad y el polvo. Mientras otro jeep se detiene al fondo del callejón. Salen guardias figurados por un foco proyectado sobre cada rostro. Los labios son untados sobradamente por una lengua ya sin sensación. La pajuela ilumina un bache rojo en medio de la zanja. Treinta segundos más tarde se oye un ruido de hojalata rompiendo la noche. El jeep se aleja. Solo queda el negro de lodo en la cara del muereto. No, no. Hav otros. Muchos más...

Pero a él no lo vieron porque se agachó, se ocultó

tras el muro y permaneció así durante horas, hasta que todo se hubo calmado y los guardias se fueron. Entonces él dejó ver la cabeza, los ojos, las manos, miró hacia todos los lados y luego echó a correr como un perdido por la calle sin asfaltar. Solo se detuvo un momento en la esquina del parque, a respirar. Se sentía ahogado. También siente mucho calor. De pronto quisiera llegar hasta el poste de luz y luego dar vuelta, entrar a esa construcción, al viejo edificio. Lo hace. Aprovecha que no se ve a nadie y ahora dobla, cruza la calle, observa el letrero luminoso de alka seltzer, la farmacia cerrada. No se ve a nadie. Más adelante empieza a caminar sin prisa, normalmente; evita toparse nuevamente con el basurero de automóviles donde se armó el motín. Ya está en el pavimento. Ambas manos entran a los bolsillos del pantalón de corduroy negro. En los dedos empieza nuevamente a sentir el olfato, el vaho a perro húmedo pegado al hueso del revólver. Lo agarra. Aprieta la cacha del revólver en el grueso forro de sudor. Los dedos sudan. Ahora suelta. Velocidad lenta de los calambres. Debe evitar a la patrulla. La noche está negra. Negrísima. El piensa en los ojos negros del amigo, y lo ve, y vuelve a verlo con la cabeza baleada, llena de ojos de lentejuelas verdes, desangrándose, sin poder comprender. Ahora de vuelta en la próxima esquina, los pasos golpean en el charol sin brillo de los zapatos negros.

Dos veces más mira al callejón. Por el barranco se oyen ruidos. Traspiés. Silencio. El se mueve. Se nota que ha caminado mucho. Allá, en frente, alcanza a ver los árboles, la verja, las casitas de madera bullendo en el gris de hojalata de los setos. Se mueve. Mira hacia los lados. La mano aprieta fuertemente la cacha del revólver. Siente el ahogo, la falta de aire en el pecho por reventar, la voz del aire rompiéndose en las tablas podridas. Dos pasos más. La casa está en silencio, sólo se oye el rumor apagado de los cocuyos atrapados en la red de la noche. Él se recostó de la puerta y movió la tranca. Chuiiii. Sonó. El quinqué tiró figuras de sombras en el piso de la tierra. La mujer vio algo... Al hombre... La asustó. Pero después no. No dijo nada. O sí, él dijo. Dijo que lo andaban persiguiendo, que por eso había venido. Que él sabe que ella no debía estar muy contenta con él, pero que tratara de entenderlo. Que las cosas se estaban poniendo al rojo vivo. Que él mismo estaba vivo de casualidad esta noche. Y rápidamente le contó lo de Tuto. La forma en que lo habían masacrado. Dijo que el próximo era él. Que lo tenían en la lista negra. Que en cualquier momento podía venir una patrulla a buscarlo. Y que si eso llegaba a suceder... bueno, que él tenía que dejar el país esa misma noche... y que tenía mucha hambre... y ella le dio algo de comer; él devoró el alimento en seguida, tomó un buche de agua, se enjuagó la boca y luego arrojó el agua al piso. Después él le dijo que se acercara y ella vino. Pasó un tiempo hablándole. La besó. Luego la encueró, y ella quiso sollozar. Pero después ni quiso, y él siguió dándole besitos, poniéndole las manos por ahí y por allá, mientras la pegaba al borde del espaldar de hierro y empujaba el cuerpo ciegamente hacia abajo. Pero sin lastimarla. Oyendo esos ruidos del cuerpo que entra al otro cuerpo, saciándose.

Después, es el cuerpo ya saciado, la piel estirada, los ojos espulgados de la oscuridad. Sentir la soledad de ella, el hueco inmensurable de él. Ella luciendo triste esta noche. Con la cara desarreglada. En cambio, él no. El no luce así. El tiene muchos rostros en el rostro. Ella entiende. La soledad ha caído en un espacio ocupado por él. La soledad está sola. Devorando cadáveres la soledad. Moscas cansadas chocando en el físico de él. Ella lo ve mojado en lágrimas. Serio. Treintamil noches de muertos llorando. Todo el espacio aguí. Esta noche. Llorando. La cabeza inclinada, sintiendo el hormigueo de cuando se le arranca del piso y se la coloca sobre alguna bandeja. El sabe todo eso y sabe algo más. Que la prisión le espera. La muerte guizás. Pero un hijo no. No. Ella no puede darlo. El no puede pedirlo... Ahora la mano se alza. La mano de ella se alza y trata de recoger los cabellos en un oscuro moño.

Treinta segundos. Nada más. El y ella se separan. Ahora cansados. Sin deseo. Echados en un colchón que hiede a perro muerto, a decuido. Ella siente cansancio en la oscuridad. Es cierto que no lo quiere interrumpir. Que llora. Los huesos y la carne en un solo silencio. El la mira, repite el gesto, la rigidez habitual. Piensa que no desea tenerla otra vez. Por eso se quita. Toma el pantalón. Sujeta el revólver y mira la punta del zapato al lado de los pantis de ella. Casi pega al techo de tan alto. El amarillo de luz se mueve en el forro circular de la botella que hay sobre la mesa. Ella calla. El voltea y el rostro grotescamente se ilumina en la chapa de

espejo que cuelga detrás de la puerta. Un rostro vacío, cortado por un viejo rectángulo. El siente esa sensación en el rostro. Está así mucho tiempo. Después sale. Piensa no importa qué. Ella lo mira detenerse en el patio, en la zona oscurecida por las cayenas. También él la vio a ella. Luego metió las manos en los bolsillos y no la miró más. Nuevamente buscó en el tacto el cosquilleo que le negaba la herrumbre del revólver. Sintió la presencia del pulgar tocando en el gatillo. De pronto su cabeza se viró en dirección al chorrito de agua que caía del alero mojando una hoja vieja de periódico. La hoja arrugada se alzaba y caía. En eso, la mujer lo llamó. Volvió a llamarlo por segunda vez. El no escuchó nada. Se irguió un poco v comenzó a caminar sin darse cuenta. Luego se detuvo cerca de la alambrada, sacó el revólver, se lo llevó a la sien y se pegó un

Viaje Hacia su Última Picción

Seudónimo: Dédalus Venuncio Autor: José Martín Paulino

Buscando dar una forma definitiva a su historia, Demetrio salió en busca de su muerte. Solo en el momento en que las manos del hombre se posaron en su garganta, supo que había sido víctima de un contrato macabro.

Una semana antes de su muerte, abordó un autobús y viajó hacia la gran ciudad, sin otra intención que la de organizar en el trayecto el último cuento del libro que estaba escribiendo. Era la única de sus ficciones donde la muerte no asomaba con su guadaña de exterminio. Demetrio estaba decidido a no seguir construyendo historias en las que siempre alguien moría. Si él hubiera sabido que ahora la muerte no le tocaba a uno de sus personajes, sino a él, no se habría sentido tan orgulloso de su última creación, no porque en ella nadie muriera, sino porque la consideraba como la mejor de cuantas había elaborado su muy tenaz y experimentada pluma.

Cuando descendió del autobús, no fue a ningún lugar. Se sentó en uno de los cómodos asientos de la terminal, indiferente a todo lo que no fuera su historia. A las cinco de la tarde, abordó el autobús de regreso. Su alegría casi lindaba en la euforia. Tenía la solución a mano. Pensaba que pronto su ciudad y todo el país conocerían de su último libro. Lo que él no pensaba era que muy pronto, el país tendría la noticia de su muerte.

Ocupó el asiento donde estaba sentada la muchacha, la responsable de su muerte. Ella se alegró mucho al verlo, no porque Demetrio fuera su amigo, sino porque ya tenía la próxima víctima. Solo le faltaría una. Todo resultó más fácil de lo esperado. En la agonía de la muerte, Demetrio se preguntaría por qué en aquella mirada tan límpida de la muchacha se alojaba aquel monstruo.

El autobús había devorado más de cien kilómetros cuando la muchacha descorrió los visillos de su asiento, dejando que por la ventanilla entrara el poco de verde que le quedaba a la tarde. A ella le gustaban los crepúsculos y elogió para sí aquella decadencia que primero fue amarilla. Demetrio hizo igual. Entonces se inició un diálogo en el que ella habló del amor a su trabajo y a la vida. El le habló de su amor por la literatura y de sus cuentos en los que siempre alguien moría, "aunque en mi último cuento, que cierra el volumen que pronto publicaré, la muerte no estará presente... Después escribiré un relato donde referiré nuestro agradable encuentro".

"Espero que no me mates", dijo ella, dejando escapar en un provocativo visaje una sonrisita de dientes amarillos y protervos. Sólo en el momento en que su asesino lo estuviera matando, Demetrio comprendería el alcance de la ironía contenida en

aquellas palabras; pero no podía decirle a su victimario "no me mates", como se lo estaba diciendo la muchacha; ella, que eligió la vida y lo condenó a muerte. Igual le había sucedido a otros hombres, cuando la conocieron en el autobús pensaron que en el mundo no existía un ser más puro que ella.

La muchacha no era hermosa, pero cuando sacó un frasquito de cristál y frotó en su cuerpo el contenido líquido, experimentó una deliciosa transformación que sumió al pobre Demetrio en una mezcla de agrado e inquietud temerosa. Ambos guardaron silencio por poco tiempo. Cuando Demetrio vió que el autobús estaba llegando a la terminal, trató de dialogar de nuevo con la muchacha, pero ella permaneció silenciosa, con aspecto de quien se arrepiente de algo. Antes de que el autobús se detuviera, él tuvo tiempo de darle su dirección y teléfono. Ella sólo de limitó a decirle:

"Soy la muchacha del autobús. No esperes saber más de mí por ahora. Pronto te llamaré."

Al descender, ella volvió a decirle que pronto lo llamaría y desapareció por uno de los pasillos donde un hombre alto y fuerte la esperaba, el mismo que luego le puso fin a su vida.

Cuando Demetrio llegó a su casa, se encerró a pensar en la muchacha del autobús, en su extraño comportamiento y en la metamorfosis que sufrió al frotarse el líquido.

Temiendo no encontrarse en casa cuando ella llamara (pues estaba seguro de que llamaría en cualquier día de la semana), Demetrio no salía a ningún lugar. El viernes, al sonar el teléfono trayen-

do la esperada llamada, él había concluido la redacción definitiva del cuento en donde nadie moría. También concluyó una historia refiriendo su encuentro con la muchacha, la cual tituló: "La Muchacha del Autobús". Por más esfuerzos que hizo, no pudo evitar la presencia de la muerte en esa historia. Ese relato fue una fatal premonición de lo que a él le sucedería. Narraba la muerte por asfixia de un hombre por culpa de una muchacha cuyo rostro parecía rezumar toda la inocencia que quedaba en el mundo.

Demetrio dejó ese relato en su escritorio. Tomó el cuento en que nadie moría y se dirigió a la dirección que ella le indicara. La muchacha estaba sola y desprovista de encantos, como cuando él abordó el autobús. Antes de que se fueran a la cama, ella se había transformado de nuevo. Algo extraño se apoderó de Demetrio que en vez de inquirir acerca de las transformaciones de la mujer, se dejó conducir por la elocuencia del deseo y su cuerpo buscó con avidez el de ella. Después de largo tiempo de amoroso forcejeo, ella le pidió que le leyera el cuento. Cuando él hubo terminado, ella le dijo:

"Te dije eso de la muerte por decir algo, pero ya daba igual que escribieras acerca de la vida o que dejaras de escribir..."

"¿Por qué?, preguntó él.

"Porque eres la próxima víctima."

Demetrio no entendió nada y le tapó la boca con un beso. Las fuerzas del deseo volvieron renovadas y en poco tiempo los cuerpos quedaron exhaustos y rendidos por el placer. Minutos después él se durmió. El olor de la muchacha le perseguía en las oquedades del sueño. Al cesar el olor, cayó en una pesadilla en la que soñó que el hombre que había esperado a la muchacha en la terminal del autobús lo estaba ahorcando. Despertó sobresaltado y sudoroso, con un terrible aire de desamparo impreso en los ojos. Buscó los miembros suaves de la muchacha, pero encontró los brazos fuertes y aparentemente en reposo del hombre del sueño.

'¿Quién eres?"... "¿Y la muchacha del autobús?"

"¿Qué muchacha estúpido? Soy el hombre del autobús."

Una vez dichas esas palabras, el hombre del autobús se llenó de una ira fingida y puso sus manos en la garganta de Demetrio quien no tenía fuerzas suficientes para contrarrestar la poderosa enbestida. Cuando Demetrio estuvo totalmente quieto y sus ojos rojizos y ausentes, el hombre llamó a la muchacha que estaba esperando en el baño. Ella lucía muy contrariada. El hombre le entregó el dinero y ella tuvo el valor de entregarle el resto de los frasquitos; a esa hora de la madrugada abandonó la casa sin hacer caso a lo que el hombre intentaba decirle. La muchacha estaba segura que si volvía a recuperar los frasquitos para concluir su contrato que solo se rescindiría con la muerte, ella sería la próxima víctima.

III. Anexes



Acta Única

Los jurados convocados para el "Cuarto Concurso de Cuentos de Radio Santa María", reunidos el martes 11 (once) de marzo en la ciudad de La Vega y después de ponderar los ochenta y nueve trabajos sometidos a nuestra consideración, hemos decidido otorgar los siguientes premios y menciones:

Premios:

1 .- "Astracanadas"

Seudónimo: Sísifo Autor: Julio Adames

Dirección: Calle Gratereaux 19, Constanza.

Teléfono: 539-2614

2.- "Las Vastedades del muro"

Seudónimo: Pin Flor Autor: Pastor de Moya

Dirección: Calle Hostos 23, La Vega.

Teléfono: 573-2847

3.- "La Verdadera Historia de Crucita Yin"

Seudónimo: La Mano Manca

Autor: Frank Martínez

Dirección: New York, Estados Unidos.

Teléfono: (718) 992-5198

4.- "La Burla en el Espejo"

Seudónimo: Dédalus Venuncio Autor: José Martín Paulino Dirección: Calle Prolongación D,

Urbanización Abreu, San Francisco de

Macorís.

Teléfonos: 588-6750 y 588-6611

5.- "La Plaga"

Seudónimo: Servio Rosa

Autor: Ricardo de la Cruz Nieves Dirección: Calle España 94-C, Bonao.

Teléfono: 525-4570

Menciones:

1.- "Días Marcados"

Seudónimo: Eva

Autor: Carlos Sosa Ovalles

Dirección: Calle Primera # 4, Urbanización

Martínez, Tenares.

Teléfonos: 587-7383 y 587- 7613

2.- "28 de Setiembre"

Seudónimo: El Inocente

Autor: Elvis Antonio Ortiz

Dirección: Calle Joaquín Gómez # 110, La

Vega.

Teléfono: 573-6996

3.- "El Pueblo Abandonado"

Seudónimo: Marcos Autor: Félix Juan Jerónimo Beltré Dirección: Calle Central # 169 (atrás), Buenos Aires de Herrera, Santo Domingo.

4.- "Monólogo de Treinta Segundos"

Seudónimo: Sísifo Autor: Julio Adames Dirección: Calle Gratereaux 19, Constanza. Teléfono: 539- 2614.

5.- "Viaje hacia su última ficción"

Seudónimo: Dédalus Venuncio Dirección Calle Prolongación D, Urbanización Abreu, San Francisco de Macorís. Teléfonos: 588- 6750 y 588 6611

Dado en La Vega a los 11 (once) días del mes de marzo de 1997

> Lic. Enriquillo Sánchez Lic. Julián Alvarez Lic. Carlos Fernández-Rocha

Unas palabras de cierre y hasta pronto...

Por Carlos Fernández-Rocha

Con este ya son cuatro los "Concursos de Cuentos de Radio Santa María", cuatro certámenes en los que han participado cientos de dominicanos de todos los rincones del país, de todas las edades y de todas las tendencias, grupos y asociaciones. Literalmente, miles de cuentos han sido procesados pacientemente por el jurado que ha leído con detenimiento, con amor, cada palabra, cada oración, cada obra sometida a su conocimiento.

Tenemos la satisfacción de haber cumplido con una labor de importancia y de haber tratado de ser justos e imparciales, aunque estamos conscientes que podemos habernos equivocado. El mismo hecho de vivir en tres ciudades diferentes y de mantener una amistad a distancia, hace difícil la logística del jurado (debemos por eso dar mucho crédito del éxito de los Concursos al equipo de apoyo de Radio Santa María) aunque garantiza la objetividad y probidad de los resultados obtenidos.

Con la experiencia acumulada de estos cuatro

años, hemos llegado a unas conclusiones que queremos compartir brevemente con todos los lectores. En primer lugar es el reconocimiento al poder de convocatoria de Radio Santa María que es poco menos que fantástico. Por otra parte, el convencimiento de que actividades como esta deben mantenerse a toda costa porque dan la oportunidad a todos de cómpetir democráticamente por unos galardones; y finalmente, la certidumbre de que los dominicanos tenemos mucho que contar y que hay mucho talento escondido e ignorado que merece la oportunidad de competir en condiciones de igualdad y justicia.

Es cierto que tenemos todavía mucho que aprender... Es cierto que la mujer debería participar más activa y militantemente en este tipo de actividades culturales... Es cierto que hace falta más facilidades de acceso a la cultura a muchos jóvenes en todos los puntos del país que están hambrientos de buenas lecturas o, peor aún, que no han tenido la oportunidad de descubrir el maravilloso mundo de la lectura, de los libros, de la literatura... Es cierto, por último, que nos falta aún mucho camino que recorrer... Pero esas mismas certidumbres son las que nos animan a seguir insistiendo a seguir reclamando, y a seguir comprometidos con Radio Santa María es esta labor que aporta, definitivamente, su granito de arena a la construcción de nuestra cultura nacional...

En el próximo año, aquí estaremos, otra vez, con el mismo amor, esperando con curiosidad y esperanza los cientos de trabajos que seguramente enviarán al Quinto Concurso. Pueden contar con

nuestra fidelidad y con nuestros mejores deseos de que sea siempre reconocido el mejor, para bien de nuestras letras y de nuestra cultura.

Espero que los otros miembros del jurado no sientan que he usurpado sus derechos y que he puesto palabras en su boca con la que no están completamente de acuerdo... Nuestra amistad y armonía hasta ahora ha sido ejemplar y no es mi intención ponerla ahora a prueba. Creo, sin embargo, que todos ellos estarán plenamente de acuerdo conmigo y en la próxima ocasión ofreceremos pruebas fehacientes de ello.

Ánimo y a competir en los próximos concursos de cuentos de Radio Santa María que lo importante, como siempre se ha dicho, no es ganar la presea, sino correr la carrera y llegar a las metas que nos propongamos vencer.

todos los pentos del país que están harabitentos de

20 de junio de 1997, Carlos Fernández-Rocha.

Colofón: Este libro se terminó de imprimir en agosto de 1997 en los talleres de la imprenta "Amigos del Hogar", Santo Domingo, D.N.



